

María Teresa Andruetto

Los manchados

Literatura Random House

a Juana y Josefina

a Francisca, Arcadia, Gregoria, Carmen Laureana y

Petrona Luján

Dedicada

a destejer la línea

antiguamente trazada con semen

a dar testimonio

de sus mitos

del gens mortalium

busca nombres

entre los nombres

hasta dar con el suyo

y cerrar el círculo.

Juana Luján

Esa voz de la sangre, ¿en qué momento,
si alguna vez habló, dejó de oírse?

Enrique Lihn

Guardián del agua, de la tierra informe,
de las sombras, sentado inmóvil,
como si lo único que esperara
fuera a su hija.

Sharon Olds

En cada historia que cuento llega un punto en
el que ya no puedo ver más allá. Odio ese punto.
Es por lo que llaman ciegos a los narradores.

Anne Carson

EN LA LLANURA, *NOVIEMBRE DE 2011*

Emérita

Llegó por la noche. Dijo que necesitaba un lugar donde dormir, un catre, un colchón, que cualquier cosa lo conformaba. Que venía de lejos, desde el Norte, dijo, y que estaba cansado. Lo vi tan joven, un muchacho apenas, y enseguida pensé que estaría en problemas, por eso le dije que no había lugar. Pero él insistió, insistió mucho, y entonces Pepe se arrimó hasta la puerta y lo vio y me dijo que lo dejara quedarse. Lo pusimos en la pieza de los trastos, detrás de la cocina; había un catre, y como pensamos que sería por una noche nomás, ahí lo pusimos. Pepe sacó algunas cosas que sobraban y le arrimó todas las colchas que quedaban en la casa porque hacía un frío de perros, la noche más fría que recuerdo. ¿Comiste algo?, le pregunté, y me miró sin decir nada. Si comiste, digo, ¿tenés hambre? Primero se estuvo callado, sin saber qué decir, y después hizo que no con la cabeza, pero por la forma en que me miró, me di cuenta de que hacía días que no tragaba una comida como la gente. Le hice una sopa de pan, así le llamamos nosotros, es la sopa más rica del mundo, si se queda nomás esta noche puedo hacérsela. Agua con sal, unos dientes de ajo, bastante manteca, pan rallado y mucho queso, una delicia. Tomó todo lo que había, pero se notaba que eso nomás no iba a alcanzarle, imagínese, un muchacho alto, en pleno crecimiento, si le comen a uno hasta el plato. Así que Pepe descolgó unos salamines que quedaban de la carneada, quedaban muy pocos y los cuidábamos como oro, pero mi Pepe se conmovió con el muchacho y los cortó y trajo un pan y se sentó a mirar cómo los comía, era un gusto verlo, me acuerdo como si fuera hoy. Habrá tenido poco más de veinte años, señorita... ¿Julieta me dijo que se llama? Así que usted es su hija, quién iba a pensarlo. Disculpe la desconfianza que le manifesté en un principio, sucede que no se parece en nada a Nicolás, pero ahora, con lo que acaba de contarme, no me queda otra cosa que creerle. Lo que sí se parece es esto que sucede, que usted llega a nuestra casa y golpea la puerta, como él golpeó aquella vez, y pregunta por Nicolás Corso, porque él llegó aquella noche muerto de hambre y de cansancio, y preguntó si aquí había vivido alguna vez un hombre al que llamaban el Ingeniero. Me lo preguntó ahí donde está usted ahora, sentado en esa silla, junto a la ventana, después de haberse tomado hasta la raspa de la sopa que le había hecho así a las rápidas y de comerse los salamines que Pepe tenía en el sótano, y si no siguió comiendo es porque ya no quedaba otra cosa.

No fue al llegar sino después de terminar de comer, que preguntó por el Ingeniero. Estoy buscando a un hombre que era de Tama y que según me contaron ha venido bajando hacia acá, dijo, ya ha de estar viejo, pero hasta hace unos años fue capataz de una mina de oro en el Norte. Como nosotros no contestamos, porque ni a Pepe ni a mí nos salió una palabra, él insistió: ¿vive aquí? Ya no vive, le dije y entonces él contó que lo buscaba desde hacía tiempo, que le habían dicho que era su padre, aunque era probable que el hombre ni lo supiera. *Cada vez que llego a*

alguna parte me dicen que no está , dijo, que acaba de irse; ¿ustedes pueden decirme adónde se fue? No es para reclamarle nada, sino por conocerlo . Muerto, hijo, está muerto, dije yo, porque vi enseguida que Pepe no iba a abrir la boca, y ahí se acabó el asunto, al menos por esa noche, porque ni él volvió a decir palabra ni nosotros nos animamos a contarle nada. Pero así y todo, se quedó aquí un buen tiempo, hasta que terminamos hablando de sus secretos y de las cosas que también nosotros teníamos guardadas. Como le digo, se quedó por mucho tiempo en esta casa, como tres años, y fue el tiempo más lindo de nuestras vidas.

Después de unos días le contamos, cuando nos dimos cuenta de que no pensaba irse y vimos cómo era él verdaderamente. Primero le dijimos cómo había llegado el Ingeniero hasta nuestra casa, escapando desde Tama, y cómo fue que se le ocurrió tocar aquí la puerta, de puro miedo y apenas antes de que lo alcanzaran. Pero esto que le comento del asunto del Ingeniero, es mejor que se lo cuente Pepe, él tiene más fresca la memoria que yo y se lo puede explicar con detenimiento. Mientras, como le decía, señorita Julieta, después de un tiempo, cuando su papá ya era uno de nosotros, como si hubiera sido el hijo que tuve y me quitó Dios, nos fue contando la vida suya, cosa por cosa nos fue diciendo. Se quedaba mirando al vacío en las sobremesas, unos silencios largos como suspiros, hasta que empezaba a hablar; frente a un vaso de vino o una taza de café, nos contaba lo que le había sucedido, la vida con esa gente que lo había criado y las cosas que sabía sobre el Manchado, las cuestiones de la mina de oro, los apagones en Tama y en Patquía, la gente que se llevaban sin que nadie supiera dónde y ese hombre al que llamaban el Ingeniero que, según le habían dicho, era su padre. Se entendía muy bien con Pepe, porque eran casi de las mismas ideas, así que su papá empezaba a hablar y era como un carretel de hilo que corría, un hilo duro que a veces costaba escuchar, pero aunque había mucho trabajo con los pensionistas y teníamos que darnos maña para hacer comida para todos porque eran épocas difíciles, le prestábamos oído. Ayudaba en la casa sí, cómo no que ayudaba, con la leña y con el arreglo de las cosas que se rompían y a veces también un poco en la cocina, pelando papas, picando cebolla o haciendo el fuego. Era, como le digo, el muchacho más bueno que conocimos..., así es que un día nos animamos y le dijimos lo que había pasado con el Ingeniero.

Sabíamos que el Ingeniero había llegado escapando de algo feo, aunque nunca preguntamos, sólo escuchábamos lo que él se disponía a contar, porque no queríamos meternos en problemas. Pepe sobre todo tenía sus cuidados porque se daba cuenta de los bueyes con que araba, en cambio a su papá sí le confió muchas cosas, todo o casi todo le confió mi Pepe a su papá, lo bueno y lo malo que pasamos, y su papá le preguntó a él cada detalle sobre ese ingeniero que vendría a ser su abuelo, señorita Julieta, y que también vivió su buen tiempo aquí con nosotros. Le contamos que por las tardes se quedaba callado, como si estuviera esperando que lo vinieran a buscar, una venganza, pienso yo, por cosas que habría hecho... Nosotros le comentamos eso a su papá, que por entonces era un muchacho, porque hace de esto más de treinta años, y también le dijimos que una mañana nos levantamos y yo encendí la luz

de la cocina y vi que al hombre le habían dado varios balazos en el pecho y en la cabeza. Pero nosotros no escuchamos nada, ¿puede creerlo?, ni un ruido escuchamos durante la noche y es el día de hoy que no sabemos cómo hicieron para entrar a la casa sin que nadie oyera los tiros, ni las pisadas, ni el giro de la llave en la puerta de calle. En ese momento pensamos cualquier cosa, hasta pensamos que podía haberlo matado gente de aquí mismo, de la casa, alguien que se hubiera alojado como viajante para no despertar sospechas, porque no encontramos puerta rota, ni ventana rota, ni nada. Lo único que puedo decir con seguridad, y lo manifestamos años más tarde, cuando tuvimos que atestiguar, es que nosotros no le hicimos ningún daño, nosotros no tuvimos nada que ver, por más ideas contrarias que hubiera tenido mi Pepe, ¡Dios nos libre y nos guarde de hacer algo así, aunque no nos faltaran razones! Cuando se hizo el juicio nos preguntaron por qué habíamos enterrado el cuerpo en el fondo del patio, porque lo tuvimos aquí mismo, por muchos años, hasta que pudimos denunciar lo que había pasado y vinieron a desenterrarlo los de la policía federal y la justicia. Nosotros dijimos la verdad, que lo encontramos muerto, tuvimos esa desgracia, y lo enterramos aquí porque, en esos tiempos, de avisar que lo habían matado en nuestra casa, nuestra vida hubiera peligrado...

Hubo un juicio, sí, como le comentaba, pero eso fue mucho después; y Pepe y yo tuvimos que declarar. Lo que pasa es que al Ingeniero lo perseguían por las masacres en la mina del Nevado y por el asunto de unas tierras que les habían robado a unos campesinos; épocas difíciles eran esas, año setenta y cuatro, setenta y cinco, cuando lo buscaban por su relación con los gendarmes, porque hizo muchos descalabros allá en Tama, muchas traiciones y maltratos... Si alguno se desacataba, él pasaba la información y entonces iban los de gendarmería y otros que no se sabía de dónde eran ni a quiénes servían, sacaban a los mineros de sus casas y los llevaban para quién sabe dónde y lo malo es que ya no aparecían por ninguna parte. Y sabrá usted cómo son las cosas, la gente aguanta hasta que se cansa, así que no ha de haber faltado alguno que lo persiguiera por cielo y tierra, tal vez por eso no tuvo mejor idea que venir y golpear la puerta de nuestra casa y ¡qué iba uno a decir en aquellos tiempos! Pepe pensó, porque entiende de estas cuestiones mucho más que yo, que sería más resguardo para nosotros tenerlo aquí, medio encerrado, antes de que hiciera daño en otros sitios. Así fue que lo cobijamos, haciéndonos los distraídos, sin preguntar por qué razón había bajado hasta acá, si era por protegerse él mismo o por averiguar ciertas cuestiones. A veces hasta hemos pensado que pudo haber venido para sonsacarnos algo, como mi Pepe estuvo en la resistencia y siempre tuvo sus ideas peronistas, pensamos que tal vez el Ingeniero estaba interesado en saber de nuestras cosas, por eso teníamos, no vaya a creer, un poco de miedo; hasta que sucedió esto que le digo, que una mañana lo encontramos muerto así como así.

Como le comentaba ayer, señorita Julieta, un buen día le dijimos todo a su papá, le contamos que teníamos al Ingeniero enterrado aquí mismo y que nunca supimos si lo habían matado por deudas de juego, por venganza de los mineros o de otra gente perjudicada o si fue por un

asunto de polleras. Le contamos también que no fuimos capaces de llamar a la policía, que nos dio miedo porque hacía poco que se había muerto el General y ya habían empezado a llevarse a la gente. Todo eso le dijimos, que nos miramos con mi Pepe aquel día y, sin hablar una palabra, lo decidimos..., lo enterramos al fondo del patio y no abrimos la boca hasta que terminó todo el lío de los militares. Lo enterramos en cristiana sepultura, eso sí, allá debajo de aquella sombra, pasando los frutales, y nos santiguamos, porque no queríamos meternos en problemas y porque sabíamos que había andado en cosas feas el finado su abuelo o ese hombre que vendría a ser su abuelo, señorita Julieta, si todo es tal y como lo contaba su papá.

Nosotros nunca quisimos preguntarle a su papá cuál era el verdadero motivo por el que llegó, unos años más tarde que el Ingeniero, a nuestra casa, pidiendo ayuda; dejábamos que él nos contara lo que quisiera, pero sabíamos que algo más había, alguna cuestión con los gendarmes, por el miedo que tenía siempre, un miedo que se le veía en los ojos y en cómo movía las manos, los dedos. Cada vez que golpeaban a la puerta, se alteraba, eso se notaba enseguida; prácticamente no salía, casi todo el tiempo que estuvo con nosotros, que fue bastante tiempo, se quedó entre estas paredes, confiándose sólo con Pepe y conmigo, hasta que un día nos dijo que se iba con una chica a la que no conocíamos, y era verdad, porque lo que es aquí, a donde nosotros, nunca trajo a ninguna mujer...

Así que usted es su hija, ¡lo que son las cosas! Como le digo, su papá casi no salía de la casa, nomás alguna noche, a las cansadas, se iba no sabemos a dónde porque no preguntábamos mucho; pero esa última vez que lo vimos, esa tarde, la última antes de que se fuera, nos dijo que tenía que irse hacia el Sur con una amiga, que no podía decirnos más, no por él ni por falta de confianza, sino porque la chica estaba en problemas; esa jovencita que, por lo que ahora me cuenta usted, seguramente ha de haber sido su mamá. Pero, como le decía, señorita Julieta, antes de que Nicolás mencionara lo de la amiga que estaba en problemas, mucho antes, desde que llegó aquella noche a nuestra casa, yo supe que por más que lo disimulara también él estaba en problemas, que no se trataba sólo de un muchacho que buscaba a su padre, me di cuenta enseguida de que había otra cosa, algo con la policía. En aquel momento se lo dije a Pepe, porque no quería que tuviéramos problemas también nosotros, ya bastante tenía yo con mi Pepe, porque había que estar controlándolo para que los pensionistas no se dieran cuenta de cómo pensaba. Imagínese, era una época de padre y señor nuestro, los gendarmes estaban en todas partes y siempre había alguien escuchando detrás de las paredes, cualquier cosa que no anduviera bien, nos clausuraban la pensión y, póngase en nuestro lugar, de qué íbamos a vivir nosotros... Pero para Pepe, fue ver a Nicolás y protegerlo como si se tratara de un hijo. Apenas le contamos que el Ingeniero había muerto, y después a regañadientes, que más que haber muerto de repentina le habían dado unos tiros, él tuvo una reacción un poco extraña; fue como si eso le hubiera dado alivio y ya no nos pareció un muchacho que buscaba a su padre, si no más bien un joven que hubiera buscado a un hombre por otras razones... Yo, como le comentaba, por momentos tuve

miedo de que a su papá le pasara lo mismo que al Ingeniero, no que alguien entrara de noche a la casa y lo matara, pero sí que vinieran los policiales y se lo llevaran. Aunque el Ingeniero y su papá eran bien distintos, su papá era un muchacho que estaba de acuerdo con los pobres, pero... Justamente porque Pepe se llevaba muy bien con él, yo tenía miedo, Dios me libre y guarde, de levantarme una mañana y encontrarme con que había sucedido algo malo, miedo por él y también por nosotros.

Pepe le contó a Nicolás cuestiones que no le había contado a nadie, como lo del cuñado al que mataron en unos basurales de Buenos Aires. En cambio al Ingeniero, si no lo mataron por un asunto de polleras, pienso que ha de haber sido una venganza, porque él bajaba a la mina, hacía sus denuncias y ahí nomás los gendarmes iban a los ranchos, se llevaban a los mineros y sanseacabó. Por eso no quisimos dar parte de la muerte del Ingeniero a la policía, por todo lo que podía llegar a pasarnos, más de todo a Pepe que estuvo en política cuando era joven, así que lo enterramos al fondo del patio calladita la boca, y nos santiguamos para que nadie viniera a preguntar por él; pero nadie lo reclamó, ni de un lado ni del otro, ni la familia ni nada, como si no hubiera existido el hombre. Yo intenté sonsacarle algo a Arminda, a ver si en Tama se hablaba del asunto, pero al parecer nadie lo extrañaba, tampoco en aquellos sitios. Por eso ahora no sé decirle si Nicolás habrá llegado aquí en busca de aquel hombre requiriéndolo como padre o si se trataría tal vez de una misión, como intentó explicarme Pepe, que es bien entendido en estas cosas, porque hablando ya en confianza, señorita Julieta, mi Pepe y yo hemos pensado muchas veces que tal vez el Ingeniero vino a esta casa para averiguar qué pensábamos nosotros y es por eso que Pepe siempre se hizo el distraído, y que por todo el mal que hizo, lo pudo haber matado algún tameño que haya entrado aquí quién sabe cómo.

Hay algunas cuestiones que no viene al caso decirle a usted, asuntos que ni Pepe ni yo le preguntamos nunca a su papá, por discreción, porque nos pareció que ya tenía bastante con lo que le había tocado... Lo veíamos sufrir y, como nos encariñamos con él, no preguntamos cuál era el verdadero motivo por el que andaba escapando, ni por qué razón había llegado aquella noche en medio de una tormenta de padre y señor nuestro, ni si había dado con nosotros por Nicolasa o por Arminda que le habrían dicho tal vez dónde vivíamos y cuál era nuestro pensamiento, o si fue nomás porque Dios nos puso en su camino para que no le pasara nada peor de lo que ya le estaba pasando. Casi todo el tiempo que estuvo con nosotros se quedó entre estas paredes. Después, cuando se fue hacia el Sur porque la chica peligraba, vinieron a buscarlo los gendarmes, pero como nosotros no sabíamos a dónde había ido, no tuvimos problemas porque no se dice lo que no se sabe. Por más que nos hurgaron no dijimos nada, de eso puede estar segura, señorita Julieta... Hasta que un día nos enteramos de que se había ido al extranjero. Se lo dijo a Pepe un camionero, un hombre que iba para la Patagonia, para el lado de Comodoro Rivadavia, manejaba un Scania y trabajaba para una pompa fúnebre, llevaba cajones de muertos para aquellos lados... Después su papá mismo nos hizo llegar un mensaje diciendo que tenía

que irse al extranjero, que no podía decirnos dónde pero que cuando se acomodara, nos avisaría, y luego ya no tuvimos noticias, hasta que un día, cuando había terminado todo el lío de acá, nos llegó una postal llena de nieve y una foto con una joven muy linda, que ha de haber sido su mamá. Ah, disculpe..., su mamá no puede haber sido porque ella nunca estuvo en Suecia... Entonces sería tal vez otra novia que habrá tenido, pero en la foto ésa de que le hablo había una joven, eso es seguro, y era una joven muy linda, muy rubia... Bueno, como le comentaba, él se fue de nuestra casa, hace tantos años, y ya no volvió por acá... Primero fue hacia el Sur y luego más abajo todavía, y más tarde, no sabemos a santo de qué, se fue al extranjero. Cartas sí mandó, postales más de todo, y también nos llamó por teléfono. Eso empezó hace unos años, cuando nos pusieron teléfono aquí en la casa, hacía un buen tiempo que no sabíamos nada y de pronto un día sonó el teléfono y resulta que era él, ¿puede creerlo? *Llevo muchos años perdido, Emérita*, me dijo como pidiendo perdón, y lo mismo dijo después en una carta que nos mandó, ¡pobre, si no era más que un muchacho cuando tuvo que irse! Escribir sí nos escribía, como le conté, y nosotros aquí nos poníamos muy contentos; Pepe me leía las cartas y después hablábamos semanas enteras de eso, hasta que los días pasaban y lográbamos olvidarnos un poco. *Espero que estén bien*, decía, y nosotros nos mirábamos con Pepe: ¿Estamos bien? Sí, estamos bien. ¿Y nuestro muchacho también estará bien? Y Pepe me decía que sí, que estaba bien, que me quedara tranquila, que la vida es de cada uno y que cuando se es joven hay que abrirse camino como sea... Pero así como de pronto un día empezó a llamarnos por teléfono, así otro día dejó de llamar y ya no tuvimos noticias, hasta ahora que usted llega y me dice que... Gracias, hija, disculpe, señorita Julieta, no es nada, estoy bien, pasa que una remueve cosas y...

Le confieso que la semana pasada, cuando usted llegó a esta casa, señorita Julieta, yo le desconfiaba un poco; al comienzo nomás, después ya no, pero al comienzo me preguntaba por qué razón querrá esta jovencita saber tantas cosas de Nicolás y de todos nosotros, será realmente hija de él como nos dice, y qué intenciones tendrá y tal por cual... Pero, como le digo, eso fue sólo al comienzo porque enseguida nomás me pareció que merecía confianza. Lo primero fue ese golpe en el pecho, saber que Nicolás tiene una hija... Es que nosotros no sabíamos nada. Ya se habrá dado cuenta usted... Cuando la vi en la puerta y la escuché nombrar a Nicolás Corso, no supe si dejarla pasar así sin más o si pegar un portazo y dejarla afuera. No sabía si eso que me estaba diciendo era cierto o si me estaría mintiendo por el gusto de sonsacarme información. Sobre todo me preguntaba si de verdad sería usted la hija y si estaríamos las dos hablando de la misma persona, porque a veces con la edad y pasado el tiempo puede que una se confunda y usted hable de un Nicolás y yo de otro, ¿no le parece?... Después, antes de hablar, queríamos, tanto Pepe como yo, saber cómo piensa usted, para no decir cosas que no correspondan. Pero luego de todos estos días de conversaciones y con todo lo que me ha contado, más esto que me dice, que nació en la Patagonia, en un sótano donde su mamá estaba escondida porque la perseguían los militares y que, según le dijo su mamá, fue el propio Nicolás el que la llevó a ella allá para

protegerla, gracias a un camionero que lo ayudó, y que después su papá tuvo que irse al extranjero y que es por eso que ustedes no pudieron estar en contacto, ya me he sentido en confianza... Así que su papá no ha tenido otros hijos más que usted... Claro, entiendo, vive con otra mujer y los hijos son de ella, sí, sí, comprendí bien eso; imagino el dolor que usted tendrá, señorita Julieta, tener a su padre tan lejos y no haberse criado con él. Con sus abuelos maternos me dice que se crió, ni siquiera con su mamá pudo vivir usted, vea qué tristeza... Él tuvo que hacer de padre de los hijos de otra mujer y usted aquí, tan sin padre, intentando saber de la familia de él, de la historia de todos nosotros que, como usted bien dice, al fin y al cabo es también su historia... ¡Qué se le va a hacer! El destino pone en nuestro camino muchas pruebas y tenemos que aceptarlas, porque a nadie le da Dios una cruz tan pesada que no pueda cargar, ¿no le parece?

El mundo es grande; grande y ajeno, como suele decirse, y todos hemos venido a este valle a sufrir. Pero lo cierto es que después de estos días, sin que yo sepa cómo, me ha nacido esta confianza en usted y este cariño, algo que ni siquiera podría explicar, como si usted fuera una nieta nuestra, la nieta que no tenemos... También Pepe me ha dicho que me quede tranquila, que ésta no es una época en la que no se pueda hablar de las cosas que uno piensa y que además se nota que usted es una buena persona, tal como su papá, que a eso más temprano que tarde se lo puede ver una a la gente en la cara, y con eso que él me ha dicho, me he serenado porque en esas cuestiones mi Pepe casi siempre tiene razón. Bueno, pero como le comentaba con respecto a su papá, yo no dejaba de preguntarme si de verdad él estaría bien allá donde estaba, con ese frío que hace, porque nos han dicho que en aquellos lugares siempre es invierno, así que mire usted, pobrecito, tener que irse tan lejos, con el sol tan lindo que hay siempre por acá. Pero Pepe me decía *Tranquila, Emérita, no reniegue que ésa es la vida de él, es un joven grande y sabrá lo que tiene que hacer*. Mi Pepe es así, siempre le ve el lado bueno a las cosas y tiene un corazón de oro; *Es joven, me decía, tiene que hacer su vida, no puede estar pensando en todos los viejos que encuentra por el camino ...* Y de tanto escucharlo, yo me conformaba. Bueno, por momentos me conformaba y por momentos no, porque aquella primera vez que nos llamó por teléfono, hace ya unos cuantos años, yo noté enseguida que la voz se le había cambiado, que era una voz como de otra parte, y en las cartas que Pepe me leía también se lo sentía lejos de todo lo que era suyo, enseguida una se daba cuenta de que vivía en otro país, con gente de otras costumbres y que ya pensaba también él de otro modo, distinto a nosotros y a la gente de aquí. Y así fue, porque las cartas empezaron a espaciarse y él fue olvidándose de nosotros, hasta que un mal día no volvimos a tener noticias... Hubiera querido ver cómo me saltaba el pecho cuando llegaba el cartero, yo salía corriendo, con el corazón como un pajarito. *Carta de su Nicolás*, decía el cartero, y yo me iba repitiendo *carta de Nicolás carta de Nicolás* hasta que llegaba a donde estaba Pepe; solita me lo iba diciendo mientras atravesaba el patio, porque esas cartas eran de los dos, algo muy nuestro, ¿sabe?, muy nuestras eran. Hasta que un día, como le comentaba, no sabemos por qué razón, sin decir ni agua va, las cartas dejaron de llegar y por más que Pepe escribió no tuvimos respuesta.

Entonces yo pensé que tal vez le había pasado algo... hasta el día de hoy que no podía sacarme eso de la cabeza, hasta ahora mismo que llega usted y me dice que es su hija y que él sigue viviendo nomás allá, en Suecia, como siempre.

Mi Pepe es un hombre muy bueno, así como usted lo ve ahora así fue siempre, un hombre de corazón, y cuando lo vio a su papá en nuestra puerta la noche aquella, no abrió la boca si no para decirme *Este muchacho tiene hambre, Emérita, y nosotros no somos quiénes para negarle el pan*. Y así fue que se quedó su papá con nosotros, no fue tanto por mí que se quedó sino por Pepe, y aunque sabíamos que alguna cosa extraña había, se quedó nomás y le tomamos cariño. Como le dije, a Pepe le ha confiado él sus cosas; a mí no, de esas cuestiones de política a mí nunca me contó nada, conmigo él sólo hablaba del Ingeniero Lilican que, según le habían dicho, era quien había dejado preñada a su madre. Sólo de eso y de la comida que alcanzaba o no alcanzaba, de lo demás ni una palabra; de modo que todo lo que yo iba sabiendo, lo sabía por Pepe, pero como su papá era una persona tan buena, capaz de hacer lo que uno le pidiera, terminamos encariñándonos con él. También yo, pero sobre todo Pepe, que durante el tiempo que su papá estuvo aquí con nosotros, lo quiso como se quiere a un hijo; más que a un hijo estoy por decirle, porque hemos hecho de todo por escucharle las penas, por hacer la vista gorda, por tratar, dentro de lo que se podía, de que no le pasara nada. Aunque ahora que usted me dice que está bien, me da por pensar que él ha sido un poco ingrato con nosotros, porque nunca ha regresado para contarnos cómo es su vida en otra parte.

Sí, sí, también nosotros teníamos miedo en aquel tiempo, claro que lo teníamos, porque no vaya a creer que eran tiempos sencillos y todos teníamos algo de qué cuidarnos, así que cualquiera podía venir y hacerle a uno un problema, aunque tuviera poco y nada que esconder. De modo que, como le digo, nos cuidábamos mucho de abrir la boca. Como de orinarnos en la cama nos cuidábamos, porque por nada del mundo hubiéramos querido que nos cerraran el hospedaje. Así que si algún pensionista me preguntaba quién era el muchacho que vivía con nosotros, porque en este pueblo la gente siempre anda fijándose, yo decía que era un sobrino que había llegado de Buenos Aires, hijo de la hermana más grande de mi marido que por aquí todos saben que vive en Quilmes. Lo que no decía, y me santiguaba para que nadie se enterara, es que al marido de mi cuñada lo mataron en unos basurales después que cayó Perón, ni tampoco decía que ella se quedó sola con su hijo y que todos, menos mi Pepe, le dieron vuelta la cara. Yo sólo comentaba que el muchacho que estaba en casa era hijo de una cuñada que vivía en Quilmes y sigue la pobre viviendo allá, aunque está muy viejita, más vieja que yo, y perdida como ella sola y ni sabe ya cómo se llama. Eso le decía a cualquiera que nos preguntara por su papá, señorita Julieta, y dentro de todo estuvo bien, aunque después que su papá se fue, vinieron varias veces a buscarlo, primero la policía y después unos hombres que no conocíamos, gente de otra parte, con unos modales que daban miedo. Pero por más que nos amenazaron y lo zamarrearon a Pepe y parecía que iban a despanzurrarlo al pobre, como no sabíamos a dónde había

ido su papá, no pudimos decir ni una palabra. A Dios gracias hicimos bien en comportarnos de ese modo, porque después ya sabrá usted lo que pasó, gente muerta por todas partes y al que estaba en desacuerdo allá nomás lo llevaban ni sabemos hacia dónde; así que nosotros nos cuidábamos mucho de hablar con cualquiera de alguna cosa extraña, sólo nosotros solitos aquí, yo confiando en mi Pepe y mi Pepe confiando en mí, tratando de hacer como que no entendíamos las cosas. Eso dijimos, que no sabíamos ni pío y ni una palabra más del asunto se habló en esta casa, por más que nos hurgaron, dieron vuelta los colchones y la despensa buscando armas; imagínese, armas nosotros, si mi Pepe no es capaz de matar ni una gallina... Porque esas armas que supo esconder una vez con el cuñado detrás de una cocina a leña es algo que pasó hace mucho, pecados de juventud como se dice, y después ya mi Pepe fue siempre muy tranquilo... Como le decía, en aquel tiempo en que se fue su papá, nos amenazaron con cerrar la pensión porque no estábamos al día con los impuestos y nos molestaron también con la limpieza, que no teníamos la casa en condiciones y qué sé yo cuántas cosas más, aunque usted ve cómo tenemos todo, limpio como espuma. Eso sí me duele y, ya en confianza, señorita Julieta, también me duele la ingratitud de su papá, ¡con lo que tuvimos que pasar nosotros por su causa! La Virgen es testigo..., nos quedábamos calladita la boca, aunque todos los días se apareciera por acá algún inspector, pero nosotros igual no decíamos nada, ni del Sur ni del Norte, ni de él ni de la amiga que estaba en problemas. Lo cierto es que así sucedieron las cosas, nosotros siempre en esta casa, con el Jesús en la boca, hasta que un día nos llegó esa noticia de que su papá se había escapado a Europa, nos dijeron eso, que se había ido, sin que supiéramos a santo de qué... Y después, mucho después, cuando ya había terminado todo el lío de acá, nos mandó esa postal de los lagos helados, un paisaje lleno de nieve y una fotos donde estaba con una mujer joven, muy rubia y muy linda.

Martirio Linares llegó desde el Oeste una mañana de comienzos de septiembre, asombrada por el trajinar de gente, desconocido en el sitio donde había vivido hasta entonces, y por los jazmines que empezaban a perfumar el aire. Era por entonces muy joven, pero ya había vivido lo bastante como para escuchar a su corazón y lo que el corazón le dijo la mañana aquella fue que en Tama encontraría su lugar.

Extensos jarillales rodean a Tama y el viento le silba entre los cerros. No siempre ha sido así, pero ahora duerme en un arrullo de bagualas y despierta moviendo sus majadas hasta la mina. Los hombres suben al Nevado antes del alba. Tocan el oro con las manos, el polvo dorado les acaricia la piel, se les pega en los pulmones, les vacía la cabeza, les chupa el corazón, y bajan encogidos, secos como lagartos, a la noche de Tama. Las mujeres visten casi siempre de negro, porque nunca falta un muerto para entregarle el alma. Apenas pasada la niñez, los senos, las caderas, revientan los vestidos floreados y los cabellos oscuros desbordan los pañuelos o luchan por salirse de las trenzas, pero según la vida las atrapa, un hijo les crece en las entrañas y trocan las flores por los vestidos, las zapatillas, los mantones, el pelo recogido en la nuca.

Los rezos retumban. Las cuentas de semilla van pasando entre los dedos, sumando su queja sorda a los murmullos. Hay cruces por todas partes, cruces izadas a las puertas más viejas, trepadas a los muros blanqueados por donde el adobe revienta, cruces en la plaza y en la torre de la iglesia a donde van, a la oración, las enlutadas. Bajo esas costumbres austeras los deseos crecen, salen en la noche a correr, como el viento, entre los cerros, suben por los muslos brillantes de las jóvenes, se enredan en las mantas, en los espaldares de las camas, en los lavatorios de loza, en la ollada de mazamorra, en la ceniza de jume. La vergüenza los sofoca en la siesta, pero es suficiente con ponerse de juntillas tras la puerta a la hora del rosario, para oír en las letanías la respiración ansiosa, entrecortada...

Linares, Milagro. Tama. Cfr. 8. Ediciones del Noroeste, Ciudad Benemérita de Tama, 1984

Cuatro terremotos derribaron a Tama desplomando sus adobes y ahora el zonda golpea las puertas, mete su tierra en las rendijas, sofoca de polvo las bocas de los tameños, deja el eco de un gemido entre los eucaliptos. Cada viento arrastra en huairamuyos a alguno que tiene mal el corazón y hay que enterrarlo bajo ese sol difuso que ha barrido hasta las sombras. Hay pocos animales, alguna burra nueva, nodriza de los que no tienen dónde mamar, y los perros que a puro hueso reflejan la miseria de sus amos. Se los ve correr como un anticipo de la muerte entre los jarillales.

Todo es seco. La tristeza invade las tardes y la risa espera el año entero que llegue la Chaya. La Chaya es la venganza de Tama. El pueblo sólo tiene esa fiesta, con su lluvia de harina que se deposita en las mejillas frescas y en los surcos de las viejas y en los patios con sombra y en la plaza. Para entonces, todos van a la plaza. La caja bagualeando al hombro de los más viejos y prendida la albahaca en los pelos renegridos de las jóvenes o perfumando las faldas. Varios meses antes a ellas se les inquieta el sueño. Preparan en secreto los disfraces y el miedo de ser vistas estremece los rostros, humedece los sexos, pone un poco de color en las mejillas. Se esconden tras las máscaras, se ocultan bajo bolsas de lienzo o arpillera con huecos en los ojos y en la boca para que nadie dé con el rostro que las lleva, bajo las ropas del padre o del hermano, tras los guantes para que no se vea el tañir delicado de los dedos. Y cada febrero, cuando el aire huele a magnolias y su perfume espeso se mezcla con el flujo de la plaza, salen las mascaritas tirando albahaca y harina, mientras los bagualeros sacuden en el cuero de las cajas, el dolor y las ganas.

Ya me has pillao carnaval de nuevo mal barajao, enamoraao, pobre y fiero y hasta la trucha chumao.

Todo el año he trabajao, y no sé qué he remediao, mi patrón gordo y con plata, yo flaco y enharinao.

Cuatro terremotos derribaron a Tama. Cuatro veces la tierra se onduló como una lengua partiendo los alelíos de los patios, los brocales de los pozos, los ojos de los perros. Las mujeres escondían las piernas en las faldas y caían de rodillas, reflejo de otro infierno sus miradas. Después, sobre las ruinas, alzaban los crucifijos contra el cielo orando por pecados que no han visto la luz. Cuatro veces. Y cada vez empezar de nuevo, agregar adobe a los muros, agregar quincha a los techos, acomodar los patios, recuperar las plantas con lo difícil que resulta arrancarle a la tierra algo de verde. Pero el esfuerzo fue en vano. El tiempo y las sequías deterioraron las casas, se desparramaron las piedras, se quebraron como un cuero los cerros. La casa grande nomás quedó. La casa que el Doctor hizo hacer cuando se puso malo, para descansar bajo esos cielos donde el aire es sano. Sólo ella, con sus galerías llenas de vasijas y de plantas, con el patio repleto de jazmines y la viña con la mejor uva del pueblo. Aún después, cuando el desamparo secó todas las parras, se podía ver desde la cerca cómo eran esas

plantas antes de que a Tama la hubieran maldecido. La casa grande, con su parque enorme como las tierras que se ven desde la ventanilla del tren cuando se viaja al puerto, fue la única que quedó en pie. Fuera de ella, no más esos adobes que se caen y esa mina que por el tiempo de Dios le anduvo chupando la sangre al pueblo y esa tierra yerma que no sirve ni para tirar los huesos.

Dicen que es por los terremotos que Tama se fue haciendo gris. Por los terremotos y por el viento que anda siempre sacudiéndose en sus puertas. Tuvo alguna vez tres plazas y sólo queda una, flaca, cenicienta, porque se han derrumbado hasta los tilos que le daban sombra. El sol castiga fuerte en el verano y no hay dónde esconder siquiera la vergüenza. Más allá el camino y la calle principal, la calle ancha que va subiendo el cerro hasta la mina. Apenas unas pocas cuadras para caminar y toparse con la estación de trenes donde antes iban y venían los ingleses, los vagones repletos de lingotes. Ahora en cambio, sólo la arena irrita los ojos de los tameños porque casi todos se han marchado y ya no queda qué llevar al puerto.

Linares, Milagro. Tama. Cfr. 11. Ediciones del Noroeste, Ciudad Benemérita de Tama, 1984

EN EL NOROESTE, *ENTRE ENERO Y OCTUBRE DE 2012*

Elpidio Melitón Brizuela / Director del Archivo Histórico de la Región Noroeste

Adelante, señorita, ¿de modo que usted está intentando reconstruir la historia de Tama y la Región Noroeste? Y, disculpeme la curiosidad, pero ¿de esta solicitud podría derivarse una investigación para alguna universidad, o se trata simplemente de un interés suyo personal? Comprendo, comprendo, una universidad, me dice, sí, sí, señorita, licenciada, ya estoy viendo aquí en su carta de presentación que, como usted me dice, su interés se inserta en el marco de una investigación que está haciendo en el Instituto de Romanística de la ciudad de Munich, Alemania, una investigación de doctorado, por lo que infiero. Pase por aquí, por favor, adelante. De modo que incluso en sitios tan lejanos se preocupan por nuestra región, vea usted qué interesante, una distinción para el trabajo que realiza este servidor. No, no es molestia, de ninguna manera, nos interesa mucho que pueda conocerse en aquellas latitudes la riqueza histórica de nuestra región, cuyo patrimonio intangible es, como enseguida podrá usted ver, de grandes proporciones. El archivo está abierto por las mañanas, de ocho a catorce, esta semana y la próxima estaré aquí yo mismo, en persona, atendiéndolo y a su servicio, no tiene más que acercarse y consultar acerca de lo que necesite y aquí estaremos enteramente dispuestos a satisfacer sus demandas; pero si el tiempo de su estancia entre nosotros fuera muy breve y nuestros horarios de actividad no le resultaran suficientes como para completar la información que necesita, puedo hacer que el secretario, el señor Millicay, le abra por la tarde, cuente usted con eso ya que está en el ánimo de este servidor contribuir a su investigación y a la de su universidad tanto y tan pronto como esté a nuestro alcance. Pero por favor, pase por aquí porque quisiera mostrarle algunos libros y documentos que pueden serle de utilidad, orientarla en la búsqueda. En esta sección tiene documentos sobre la fundación de Tama, el primer fuerte y la creación de la encomienda de los Padres Franciscanos. En estos estantes inferiores, los primeros asentamientos, calchaquíes y diaguitas o serranos, como se suele llamar a los originarios que hubo aquí. Cultivaban en terrazas, zapallos, porotos, maíz, y criaban llamas y alpacas, tenían sistemas comunitarios de trabajo y eran muy buenos ceramistas. ¿No ha visitado las casas de artesanías del centro?, todavía queda mucho de eso en nuestra gente. Pase por aquí, por favor, en esta sala tenemos documentación sobre la llegada de los españoles a estos parajes, la primera fundación de Tama, las encomiendas y el asentamiento de las órdenes religiosas, franciscanos, mercedarios, dominicos y jesuitas. En este armario, testimonios y documentos sobre el más importante levantamiento diaguita. Sucedió en 1593, alrededor de nueve mil indios conducidos por cuarenta y cinco caciques de estos cerros... Hay una celebración entre nosotros que conmemora el hecho, el Tinkunaco; es en diciembre, señorita... Comprendo, para esa fecha ya no estará aquí, una lástima, pero si pudiera regresar alguna vez,

comprobaría que merece la pena conocer por usted misma la permanencia de tan antiguas costumbres.

Precisamente sobre este sitio, donde se ha detenido, en este archivo clavado y plantado, estaba la Hacienda Santa Rita; tenemos abundante material sobre la misma. En esa otra sala, siglos diecinueve y veinte, el desarrollo de la minería, la llegada de los ingleses y la explotación del oro. Y hacia allá, testimonios fotográficos del terremoto, el derrumbe de los socavones, la migración de nuestra gente hacia otras tierras, el levantamiento del ferrocarril, en fin... toda la tristeza de estas últimas décadas, que ha dejado tan empobrecida a la región. Con respecto al período de expansión minera, tenemos manuales de minería global, de perforación y a cielo abierto. Tal vez, como una curiosidad histórica, le interese este libro que escribió en su hora el doctor Nemesio González Idoria, abogado perteneciente a una familia muy distinguida de aquí, que se desempeñó en importantes cargos durante la presidencia del doctor Julio Argentino Roca. Este hombre de prosapia supo viajar en cierta ocasión a Londres por negocios y allá se vinculó con la compañía minera que había comprado la Explotación de Oro y Plata de los Nevados de Tama y se transformó en su representante; por esa razón nos visitó durante años hasta que se radicó definitivamente entre nosotros y se afanó en el contralor de la mina, hasta su muerte. Sí, señorita, efectivamente, *Historia de un país del sur*, así lo tituló. ¿Me pregunta qué opino de lo que el doctor González Idoria ha vertido ahí? Veamos... ¿Cómo podría expresarme para que me comprenda...? Consideraría que tal vez no es apropiado juzgar hoy sus ideas, porque eran las de casi todos los hombres importantes de su tiempo. Es verdad que, con respecto a nuestra gente, el Doctor consideró que se trataba de personas perezosas y que la presencia inglesa podía ayudar a mejorar los hábitos y mezclar la sangre, como lo manifestó en diversos escritos y oportunidades, pero también es verdad que no era el único instruido de aquel tiempo que pensaba de esa manera. Vea usted misma, ya en confianza, este párrafo: *El capital es como la sensitiva, una vez que le hiere la mala fe, cierra con doble nudo la boca de las talegas ...* Lo cierto es que este doctor era un defensor consuetudinario de la presencia de capitales ingleses en la región, pero... aunque se trata de un libro datado en 1929, estimo que puede serle de utilidad.

En esta vitrina, tenemos sin duda alguna la joya del archivo, se trata de un libro que el hombre de mayor prosapia de esta región, un hombre de leyes y de letras, escribió sobre este sitio. Seguramente habrá oído acerca de él y tal vez incluso haya leído su libro que habla de estas montañas, ya que tuvo tantas ediciones y contribuyó a la educación de tantos ciudadanos en nuestro país, porque se ha usado mucho en las escuelas. Sus descendientes nos legaron el manuscrito que reclamaban dos importantes universidades del país y una de Gran Bretaña, de modo que después de mucho penar, como puede usted ver, tenemos aquí, bajo nuestro cuidado, el manuscrito de *Mis Montañas*, para orgullo de todos los tameños. Si me permite, quisiera leerle un fragmento: *Buscando reposo después de rudas fatigas, de esas que rinden el cuerpo y envenenan el alma, quise visitar las montañas de mi tierra natal, ya para renovar impresiones apenas esbozadas en un libro, ya para*

refrescar mi espíritu en presencia de los parajes donde transcurrió mi primera edad (...) para eso, y para rendir este nuevo tributo al pueblo en que he nacido, pidiendo a la literatura patria un rincón humilde para estas páginas en que quiero reflejar su naturaleza y sus sencillas costumbres, emprendí con algunos amigos, en marzo de 1890, un viaje al interior de la Sierra del Nevado ... y así sigue el relato, muy entretenido y conmovedor, por cierto, tal como habrá podido apreciar.

Aquellos que están allá en aquella sala pequeña son libros de menor valor y más cercanos en el tiempo; novelitas, informes o cuentos escritos por personas originarias de Tama o que pasaron alguna vez por este pueblo y luego se lo llevaron en el recuerdo, en el corazón como quien dice. No tienen mayor rigor histórico, licenciada..., de acuerdo, señorita Julieta..., de acuerdo, Julieta, sólo Julieta, está bien, así la he de llamar, como usted me pide, y aquí yo, Elpidio, para servirle. Me cuesta un poco llamarla así nomás por el nombre, pero está bien, Julieta, de acuerdo señorita, como le estaba diciendo Julieta, perdón..., como te estaba diciendo..., se trata de publicaciones sin rigor histórico pero pueden aportar alguna idea acerca de los sentimientos que esta ciudad supo provocar en quienes la conocieron. Ese libro, por ejemplo, esa noveleta, si me permite, fue publicada hace unas décadas por una mujer de aquí, la imprimimos en la imprenta del archivo. No es más que una historia familiar, pero se detiene en el terremoto que azotó a Tama, Esteco y todo el Oeste. En las primeras páginas están esas líneas tal vez un poco excesivas pero sinceras sobre las desgracias que han sucedido por acá: *Cuatro terremotos derribaron a Tama. Cuatro veces la tierra se onduló como una lengua partiendo los alelíos de los patios, los brocales de los pozos, los ojos de los perros. Las mujeres escondían las piernas en las faldas y caían de rodillas, reflejo de otro infierno sus miradas. Después, sobre las ruinas, alzaban los crucifijos contra el cielo orando por pecados que no han visto la luz. Cuatro veces. Y cada vez empezar de nuevo, agregar adobe a los muros, agregar quincha a los techos, acomodar los patios, recuperar las plantas con lo difícil que resulta arrancarle a la tierra algo de verde. Pero el esfuerzo fue en vano. El tiempo y las sequías deterioraron las casas, se desparramaron las piedras, se quebraron como un cuero los cerros. La casa grande nomás quedó. La casa que el Doctor hizo hacer cuando se puso malo, para descansar bajo esos cielos donde el aire es sano. Sólo ella, con sus galerías llenas de vasijas y de plantas, con el patio repleto de jazmines y la viña con la mejor uva del pueblo. Aún después, cuando el desamparo secó todas las parras, se podía ver desde la cerca cómo eran esas plantas antes de que a Tama la hubieran maldecido. La casa grande, con su parque enorme como las tierras que se ven desde la ventanilla del tren cuando se viaja al puerto, fue la única que quedó en pie. Fuera de ella, nomás que esos adobes que se caen y esa mina que por el tiempo de Dios le anduvo chupando la sangre al pueblo y esa tierra yerma que no sirve ni para tirar los huesos.*

Son líneas que reflejan, como le comentaba, el sentir de la gente de este pueblo, cuando sucedieron esas desgracias y todo se vino al suelo. Claro que sí, por supuesto, puede llevarse el libro en préstamo, no es un libro que tenga muchas consultas, a decir verdad. Es más, si usted me

aguarda un momento, le pregunto al señor Millicay, puede que tengamos disponible algún ejemplar, porque si mal no recuerdo la autora dejó aquí algunos para obsequio, hace unos años.

Así que su papá era de esta zona y tuvo que irse, ahora comprendo su interés en la región. De estas tierras era, mire usted... Y tuvo que exiliarse en aquellos años tan difíciles... Asilado político del gobierno sueco, me dice que es..., vea usted las cosas que hemos tenido que vivir en este país. ¿Y usted?, ¿y vos?, perdón, es que me cuesta mucho tutearla, ¿cómo es que vive en Munich?, una beca de estudio... Ah, comprendo, su papá se exilió cuando usted era muy pequeña, ¿y su mamá?... Profesora de literatura, fíjese, y usted por lo que veo le sigue los pasos, qué bien, Julieta, y ¿ella está en actividad todavía? Ah, murió, lo siento, disculpe, mil disculpas, lo siento mucho, qué desgracia. ¿En un sótano? ¡Dios mío, así que usted nació en un sótano donde su mamá estaba escondida en aquellos años tremendos, qué increíble! Una novela... Si uno cuenta algo así, seguro que no le creen; es que, como bien se dice, la realidad supera a la ficción... De modo que su papá supo comentarle a su mamá sobre el Chacho Peñaloza. ¿Me pregunta si tenemos información acerca de él? Imagínese, cómo no, si él es para nosotros el padre de la patria. Venga por acá, por favor, la invito a mi despacho donde hay toda una vitrina con libros sobre don Ángel Vicente Peñaloza, que así se llamaba el hombre, libros donde unos cuentan las cosas de un modo y otros de otra, aunque todos coinciden en que murió luchando contra los mandamás del puerto. Lo mató un mayor del ejército de apellido Irrazábal. Don Ángel se había refugiado en un rancho de Los Llanos pero Irrazábal lo encontró, lo acribilló a balazos, clavó su cabeza en una lanza y la lanza en la plaza, para dolor de todos los antiguos y de los hijos de sus hijos que fuimos naciendo con esa desgracia en las entrañas. Peñaloza y Felipe Varela fueron los últimos en resistir, después ya los que vinieron se llevaron todo, carne, cuero y el oro del Nevado. A Inglaterra lo llevaban, dónde si no, y desde entonces aquí hemos estado siempre en pérdida. Ellos mismos tiraron abajo los montes hasta que convirtieron lo que era un vergel en este desierto. Vea usted, si me permite, en este libro se puede leer una misiva que Peñaloza le mandó al general Mitre, donde le manifestaba con claridad la cuestión: *Es por esto que los pueblos se han propuesto hacerse justicia, y los hombres no teniendo más ya que perder que la existencia, quieren sacrificarla en el campo de batalla, defendiendo sus libertades y sus leyes...* Lo cierto, Julieta, es que los ingleses y sus secuaces del puerto terminaron haciendo este país a su manera, sin importarles lo que buscaban los padres de nuestros padres ni lo que necesitamos nosotros.

¿Cómo está?, ¿cómo la trata Tama? Ah, qué bien, ¿de modo que ha estado conociendo nuestros alrededores? ¿Ha subido hasta la cuesta para ver los cerros colorados?, es muy buena la vista desde allí, sin duda... Me alegra que le gusten estas montañas y que haya visitado el camino que costea al cerro, nuestros pequeños pueblos, casi dormidos. ¿En el hospedaje la tratan bien?... Nosotros bien aquí, muy bien, trabajando mucho para atender mejor a nuestros usuarios. Después de las conversaciones que hemos tenido en estos días, ahora que hemos entrado más en confianza, quisiera comentarle que estamos armando un

instituto para revisar la historia de esta región... Es pequeño, sin demasiadas pretensiones y funciona aquí mismo, en el Archivo. Nos reunimos una vez por semana, fuera del horario de trabajo, para revisar los documentos, los estudiamos uno por uno... No tenemos financiamiento, no por ahora, tampoco lo hemos solicitado... Le agradezco el ofrecimiento, Julieta, realmente agradecido, tendré en cuenta su gentileza; por el momento se trata de un interés casi diría personal de unos pocos tameños, el señor Millicay y este servidor. Hace ya muchos años, cuando se fueron los militares y se hizo cargo del archivo el licenciado Herrera, vino por aquí gente de la universidad, a investigar; querían, como suele decirse vulgarmente, conocer el revés de la tortilla, pero pronto eso se acabó y ya no hubo dinero para estudiar estos parajes... Conocer lo sucedido, lo sabrá usted, es siempre un puro enredo..., porque ¿sabe qué pasa?, a nuestra historia la han contado los asesinos de nuestros abuelos. La contaron a su manera y conveniencia, por cierto, aunque en las coplas y las chayas nosotros siempre supimos quién era cada quién... Fíjese, sin ir más lejos, en el Chacho Peñaloza, sobre el que tanto se ha interesado usted: quisieron convertirlo en polvo, pero ha pasado más de un siglo de su muerte y su nombre permanece... Nuestro interés está en saber cómo fue que se destruyó la organización de la gente de aquí, primero los españoles y después otros que fueron llegando y que impusieron sus formas y sus modos; cómo fue que la vida de los antiguos cambió y nuestros abuelos comenzaron a trabajar de peones en la mita, pura servidumbre... Los sacaban de la comunidad y perdían todo, siervos quedaban, y aquí mismo se volvieron pobres pagando sus tributos o los llevaron como esclavos de un sitio en otro, trabajando para los encomenderos. Durante siglos fue así, perseguidas sus creencias y las nuestras, muriendo de a miles. Y después, como si eso no hubiera sido suficiente, llegó el trabajo en los socavones. Se aprovechó a mucha gente, indios y esclavos, pero también mestizos y criollos, todos en la bendita mina del Nevado para acopiar el oro y sacarlo hacia el puerto, para que se lo llevaran los ingleses. Así fue que los antiguos se enfermaron, murieron como moscas, y como se enfermaban trajeron a los negros porque no alcanzaba con los indios y de ese modo fue que nos mezclamos aquí los indios, los negros y los blancos y nos hicimos nosotros, tal como ahora estamos.

La ocasión en Tama es siempre la próxima Chaya. Por eso los deseos puján y las mujeres se atreven a dejarlos salir. Bajo las ramadas, subiendo la calle que va al cerro o en la plaza, ellas se dejan tocar bajo las ropas ajenas y jadean sin decir palabra, con el terror de ser vistas o escuchadas, de que se descubran las voces impostadas y se advierta su pulso acelerado, su oscuro brinco, su pecado. Los enamorados se ponen de acuerdo en el secreto de las galerías, en el momento en que las viejas van a atizar el fuego o entre una y otra letanía murmurada entre dientes. Hasta que a ellas un hijo se les prende en las entrañas y ya no hay por qué cubrir el rostro lavado; van a mirar, a comer dulces, a llevar a la guagua a caballito en los hombros y regresan presurosas, mientras sus hombres se entreveran calle arriba con alguna chinita.

Siempre es así, año tras año.

La única que no se ocultaba y andaba cada Chaya a cara descubierta era la Jandra, la dueña del quilombo del boulevard, que recibía todo el año buena parte del jornal de los tameños. Cuando llegó, la Jandra era la hembra más hermosa que Tama hubiera visto; tenía de bronce los pechos, las caderas repletas, la boca como un higo florecido, toda ella desmesura, aunque tuviera un apagón en la mirada y ya le faltara un diente. Sabía hacer lo suyo; los hombres lo entendieron en cuanto bajó del tren aquella tarde, la misma en que mister Lilican se presentó en la mina por vez primera. Con tantos amores y ninguno, había envejecido en ese pueblo y bagualeaba como nadie, salía la primera noche de la Chaya grande con la caja al hombro y un manojo de albahaca prendido a la cabeza con una vincha de telar y quién sabe si cantando o llorando, empezaba a bajar la calle ancha que viene del cerro hasta la plaza. Bagualeaba con todos y dormía donde la agarraba el alba. Abandonada a esa vigilia, iba juntando tristezas para sacarlas en un grito que sacudía la caja y llorando y cantando, entrando y sacando las penas con el vino, velaba toda la semana la Chaya sabiendo que se iba a acabar ese tiempo de dicha, sufriendo por ese muñeco de trapo y paja que cuando arde, renueva las penas por un año más.

Linares, Milagro. Tama. Cfr. 36. Ediciones del Noroeste, Ciudad Benemérita de Tama, 1984

Arminda

La madre de su papá todavía vive, niña Julieta, es la mujer de esa casa llena de perros que está subiendo el cerro, como quien va para la mina abandonada... Ahora vive nomás con los perros que yo sepa, pero hasta hace unos años estaba también ahí con ella un hombre al que le decían el Manchado. Como marido vivía, sí, como el hombre propio de ella. No, él no era el padre de su papá, niña Julieta, yo estoy por creer que el padre de sangre de su papá era el ingeniero Lorenzo Lilican; de modo que el hombre que tenía la cara florecida como un racimo de uvas y llamaban el Manchado no es su abuelo, pero ella sí es su abuela. Cuando era todavía una criatura, esta mujer que le mento, mismo la de los perros, trabajaba en lo de los Lilican y fue entonces que se preñó, en lo del Ingeniero, mismo ahí... Él no se apellidaba Lilican y tampoco era ingeniero, pero así le decía aquí la gente porque trabajaba de capataz en la mina y era muy entendido, era hijo mostrenco del viejo Lilican, el inglés que llegó para dirigir las labores del cerro, hijo del mister con una mujer que él tenía como hembra, no como mujer propia. Así sucedieron las cosas, niña Julieta, como le digo, y de ahí dimana todo; lo sé porque también yo hice mis labores en esa casa, pero lo que nunca he sabido es si ella quedó preñada del viejo Lilican, hablando mal y pronto, o del joven Lorenzo, que a la sazón vivía con el padre, o sea que no le sabría decir quién es en verdad el padre de sangre de su papá, pero que es sangre de capataces, seguro. Lo cierto es que cuando a ella le vino ese arrobamiento y por causa de eso se preñó, tuvo miedo de quedarse sin trabajo y pavor de que le sacaran al hijo, como solían hacer los patrones en antes, o que le hicieran tal vez daño a la criatura; así es que nomás nacido su cogollo, se fue para el lado de Los Llanos con el ánimo de instalarse en esos páramos pero terminó dejando a la criatura en un sitio de caridad, si es cierto lo que dice la gente y si la memoria que yo tenía y ahorita ha comenzado a desmedrar no me traiciona. Lo cierto es que según supe oír en aquel tiempo, Nicolasa dejó al niño con otros expósitos en un hogar de Los Llanos, aunque esto es algo que no sabría decirle enteramente porque mismo ahora se me han ido de la cabeza algunas cosas; pero una pariente de ella, una mujer que vivía con un cabo que estaba en servicio, me contó que cuando estaba ya solita sin la cría, anduvo de aquí para allá, como perdida, haciendo un poco de todo, y luego regresó a Tama y sin darse ya con ninguna de nosotras, ni con Emérita, ni con Petrona Paula ni conmigo, agarró a vivir con el hombre de la cara florecida. Esta pariente que le mento, la mujer de ese cabo que estaba en servicio, es quien me ha contado la mala vida que el Manchado le daba a su abuela, porque era un hombre muy dañino. Y me dijo también que Nicolasa es la madre de su papá, que se lo contó ella misma; la madre de sangre, porque la de crianza murió hace muchos años de enfermedad incurable, pobrecita.

Cuando era muchacho, su papá anduvo por acá. Se presentó en nuestra casa procedente de Patquía o desde Olta, eso es algo que no recuerdo

bien, porque él también supo vivir un tiempo en el pueblo donde mataron al Chacho y comenzaron nuestras desgracias. De modo que sabe usted quién es el Chacho Peñaloza, que ha oído hablar de él... ¿Su padre se lo mencionó...? Entiendo... y el señor Elpidio, entiendo, ya anduvo usted por el Archivo. Así es, niña Julieta, tal como le ha contado el señor Elpidio: El Chacho ha sido nuestro Tata. Lo mataron cuando vivían todavía los padres de mis abuelos; clavaron su cabeza en una lanza y la plantaron en la plaza, por eso esta tierra está maldita, por eso somos un pueblo que no progresa ni se acrecienta. Y su papá, fíjese usted, en esta tierra tuvo que criarse, pobrecito. Un día de lluvia lo mataron, imagínese niña Julieta, lluvia en el puro desierto de Olta es algo extraño, una señal del Altísimo, por eso su sangre se fue aguando y bajó desde la plaza hacia los patios. Lo mató un mayor del ejército, un servidor del diablo... *Busco a un bandido*, dicen que dijo: vea usted, ¡llamar bandido al padre de todos nosotros! Pero no lo hizo solo, lo ayudaron unos cuantos traidores. El Chacho era, como le digo, el padrecito nuestro, hizo aquí sus guerras, las hizo con paisanos, con los hombres mismos de estos cerros, con gente de acá, no con soldados; armó las montoneras con los abuelos de nuestros padres y con los padres dellos, los antiguos, haciendo por su propia cuenta la guerra contra el puerto. Y lo degollaron en su cama, ¿puede creerlo?... pura barbarie contra los nuestros que son también los suyos, niña Julieta, si es verdad que usted es, como me dice, hija de Nicolás. Si lo hubieran dejado luchar, otra hubiera sido nuestra suerte, pero le cortaron la cabeza, la dejaron con los ojos abiertos para el hambre de los cuervos y ya nadie pudo impedir que la miseria nos habitara para siempre. Pero ¡ay, mi niña!, me he ido por las ramas... Como le decía, su papá estuvo por aquí cuando era joven, llegó a Tama para ver si encontraba a su madre verdadera. Andaba de aquí para allá dale que dale con la tema, con una foto que le habían dado; y así fue como Emérita desde allá y yo desde aquí nos empeñamos en ver si la madre aparecía y si aparecida quería presentarse y disponerse, y según todo lo que pudimos saber por aquel tiempo, la madre era Nicolasa, esa mujer que vive allá en lo alto, entre los perros, y que es medio hermana nuestra. Como le cuento, había sabido ser que su papá quiso acercarse aquella vez a conocerla, no para pedirle ni reclamarle nada sino por curiosidad nomás o por necesidad de ver cómo era la que lo había parido en antes. Pero Nicolasa no lo recibió, se plantó en que no y tal y cual y que mismo ella no era madre de nadie y no sé qué más, que se trataba de una confusión, de un embrollo de cosas que decía la gente. Lo cierto es que, hablando mal y pronto, se restregó las manos, si te he visto no me acuerdo, y ya no hubo nada más que hacer ni reprochar.

Ahora que hablo con usted, niña Julieta, me viene a la cabeza cierta tarde de hace muchos años, a la oración ha de haber sido... Había ido también yo hasta la casa de los perros para acompañar a su papá a encontrarse con su madre, pero no hubo caso. No pudimos hacer nada porque, como le conté, ella no se disponía ni atinaba a presentarse, de modo que nada de nada se pudo hacer; nomás nos gritó desde adentro que el muchacho era hijo de Emérita, uno que Emérita tuvo que entregar antes de casarse, para casarse en soltera y no con hijos, y en eso quedó todo. Fue por esa razón, según creo, que Nicolás se marchó

más tarde hacia el bajo a conocer a Emérita, a platicar con ella y estarse un tiempo allá, para ver quizá si era ella la madre verdadera. No sabría decirle qué resultó del tiempo que su papá pasó en casa de Emérita ni si pudo sonsacarle alguna cosa, pero en cambio sí creo que la razón por la que Nicolasa no quiso disponerse fue porque había tras della y el Manchado cosas muy feas, como quizás ya sepa usted; cosas que ni me animo yo a mentar, no vaya que Dios me termine castigando por cuestiones que no he llevado a cabo. Lo cierto es que se trata de asuntos tristes a más no poder y saber, como le digo, porque si todo es como dicen, en la casa adonde ahora está Nicolasa morando con los perros, guardaban a una Bicha. Ella y el Manchado la resguardaban y ya sabrá usted tan bien como nosotros que la Bicha se alimenta y demanda con frecuencia y si no se la provee se descomporta, por eso mucha gente desaparecía de este mundo, se convertían en alimento de ese demonio que, según dicen, traga a los que se desacatan... Y entonces, creo yo, de ahí dimana todo, porque Nicolasa no habrá querido que el hijo se enterara de una cuestión así, ni tampoco que el Manchado se lo arrebatara y lo convirtiera en pasto de la Bestia y nadie más supiera ya de él...

Esta mujer de los perros, la que vendría a ser su abuela, niña Julieta, no tuvo en después otras criaturas, lo tuvo —que yo sepa— nomás a su papá cuando era joven, una niña habrá sido para entonces. Se preñó del viejo Lilican o del joven Lorenzo, que a eso ya no lo sabemos, se largó con su niño una mañana por los campos y llegó caminando hasta Patquía, que habrá caminado los días y las noches, pienso yo, porque es muy lejos, y como se aventuró en problemas y desgracias, terminó entregando al niño a unas hermanas misericordiosas, en un hospital de caridad. Después, sin que sepamos nosotras cómo ni cuándo, el hospicio entregó al niño a una gente de ahí mismo y ellos lo criaron y le dieron nombre y apellido. En cuanto a Nicolasa, según dicen se fue hacia la frontera, para el lado de Orán, diz que dijeron, y allá trabajó con hombres, porque cuando era joven era una chinita buenamoza, de ojos como carbones, muy donosa y delicada. De esto que le digo sobre la vida de Nicolasa en Nueva Orán tal vez pueda contarle doña Santina, porque ella regenteaba una casa de citas por allá y, según tengo entendido, Nicolasa trabajó con ella. Doña Santina le va a quitar la incertidumbre; es una vieja memoriosa que sale todavía en la Chaya a gritar *río Los Sarmientos, dejame pasar, dejame pasar* y se duele y se lamenta y se queda las horas pidiéndole permiso al río, ¿puede usted creer?, porque ése es un río seco, una huella de pedregal, hasta que la crecida lo pone torrentoso y lo que era callejón se vuelve manantial... Pero me estoy yendo otra vez de lo que me pregunta, niña Julieta, disculpemé.

Cuando a Nicolasa se le pasó, como suele decirse, el cuarto de hora, fue a vivir con ese mala entraña al que llamaban el Manchado; un hombre del que había que cuidarse porque trabajaba para la policía pero no era uniformado, hacía sus servicios para un comisario de la región y para otros comisarios de otras partes y era por demás severo, la tenía a maltraer a Nicolasa si ella no se comportaba. Muy malo era, por eso a veces me da por pensar que ella puede haber negado al hijo para no

tener que entregárselo a la Bicha que el Manchado administraba y que, como le digo, necesita carne joven y demanda con frecuencia. Tal vez hizo eso para que el Manchado no ejerciera sus deberes con la Bestia, porque el hombre colaboraba con la policía, él mismo indicaba a los gendarmes dónde moraba la gente y si alguno se desacataba, se lo tragaba la Bicha y si te he visto no me acuerdo. Sabiendo eso, tal vez Nicolasa prefirió negarlo al hijo que, ella lo sabía, tenía sus ideas, porque no era, como se suele decir, muy católico, y entonces pienso yo que prefirió hacer eso antes que perjudicarlo entregándoselo al hombre o a la Bicha, que uno y otra la misma cosa eran, de la misma calaña. Así que por más que ella haya dicho que no tuvo hijos porque Dios no quiso concederle la gracia y tal por cual, yo estoy por creer que Nicolás era nomás hijo de ella; del Manchado no, sino de ella. Tampoco de Emérita, como la misma Nicolasa quiso en algún momento hacerle creer a su papá, aunque Emérita tuvo también un hijo en soltera que murió casi recién nacido, en los tiempos en que yo tuve que irme por unas labores más al Oeste. ¿Habrá de querer usted un poco de esta agüita de mazamorra...? La conservo al sereno, queda bien sabrosa... ¿no le apetece?, ¿o prefiere un bajativo? Puedo prepararle un tazón de paico, yo le agrego unas brasas rebozadas en azúcar, es lo mejor para la digestión... Pero volviendo a lo que le comentaba, niña Julieta, el Manchado tenía la mitad de la cara color de obispo, florecida como un racimo, y no sé si será por eso o por qué causa, lo cierto es que era muy dañino el hombre. Si es verdad lo que la gente dice, habría estado también en sucias labores y demandas en el tiempo en que éramos muy jóvenes y mataron a varios hombres en unos basurales de allá lejos, por lo que escapando de la justicia se habría venido para acá y me la habría enamorado a Nicolasa. El que sabe bien de esto es el marido de Emérita, que tenía por aquellos sitios una hermana que resultó muy perjudicada, pero en cuanto a las labores y demandas, a eso sí lo sabemos nosotras porque cierta noche, en el boliche del Marajá, el hombre tomó un poco por demás y comenzó a alardear de las maldades que había hecho, y resultó que esa noche estaban ahí Pepe, el marido de mi hermana Emérita, y un hermano del finado mi marido.

Como le digo, niña Julieta, nosotras supimos ir hasta donde Nicolasa. Fuimos Emérita, que se regresó en dos ocasiones, y Petrona Paula y yo que aquí hemos morado desde siempre, pero ella no quiso recibirnos, se mantuvo en que no y que no y tampoco quiso recibirlo a su papá. Creo que él fue también otra vez por las suyas, por si el problema era que no le apeteecía nuestra presencia, pero ella se cerró en que no había tenido ningún hijo con nadie, que no era ella sino otra joven, parienta suya, y le echó en cara a Emérita que había dejado un hijo por ahí y que ahora venía a hacerse la muy católica. Mejor dicho, ahora que recuerdo, lo dijo con la voz bajita y en eso apareció el Manchado y se detuvo detrás de ella, en la puerta, se quedó nomás ahí y fue entonces que Nicolasa comenzó a hablar a los gritos, como si no fuera ya la misma Nicolasa de hacía un momento; empezó a decir que el muchacho no era de ella, que era de Emérita, y le echó en cara a Emérita que había tenido un hijo y que ese hijo dónde estaba, que dijera dónde estaba, cuando todos sabemos que aquella criatura murió cuando era recién nacida. Por esa razón yo estimo que fue por el Manchado que Nicolasa lo desconoció a

su papá de usted, niña Julieta, que no ha sido por maldad sino por protegerlo; tal vez pensó que era mejor perder al hijo antes que el hombre le hiciera daño... o mandara a alguien para que se lo hiciera, porque él tenía sus secuaces, no vaya a creer. Así que ella dijo nomás que no y que no, que Dios no le había querido conceder la gracia, y nosotros tuvimos que regresarnos por donde habíamos ido. Pero ella era la madre, seguro que mismo ella, porque su papá tenía una mancha en el brazo y es la misma mancha que nosotras le hemos visto a Nicolasa. Se parece también a la que tiene Emérita, en el brazo mismo, un poco más arriba, pero si se mira bien se ve que son distintas. Sí, niña Julieta, también su papá tiene una mancha, ¿nunca se ha fijado en eso? Hace una vida que no lo veo a su papá, desde antes que se fuera hacia la llanura y después más al Sur, como me ha dicho Emérita, pero si no se la ha quitado, la mancha ha de seguir ahí. No sabemos por qué sucede esto de las manchas que todos nosotros tenemos en la pierna, en el brazo o en la cara; se han dicho muchas cosas, buenas y malas, pero según la finada mi madre eso sucede porque la abuela de mi padre era negra, una esclava liberada, y al parecer fue ella la que nos manchó a todos con su tinta. ¿Me pregunta por qué Nicolasa también tiene una mancha? Es que, quien más quien menos, todas nosotras venimos de esa misma negra, porque tanto Nicolasa, como nosotras, somos hijas del mismo padre. ¿De modo que nunca le ha visto esa mancha a su papá?, ¿cómo puede ser eso? ¿Y entonces es su padre o qué vendría a ser de usted...? Si es su padre, ¿cómo es que nunca le ha mirado el brazo, niña Julieta, ni esa mancha como una cucaracha que tiene, uno de esos lunares con pelos que una ve enseguida? ¿Y será de verdad su padre, siendo que usted no tiene manchas? Ah, una mancha tiene... ¿un lunar con pelos...? Ah, en las zonas húmedas lo tiene, comprendo, por cierto que en un sitio que no puede mostrarse..., comprendo. Es que a veces sucede que la mancha viaja, se disminuye o se esconde, pero aunque escondida sigue ahí, como el dolor y la vergüenza... ¿Me dice que Nicolás es su padre pero que no lo ha visto nunca...? ¿Entonces quiere decir que no lo conoce?, ¿Y dónde vive usted...? ¿En una ciudad de Alemania?, ¿y esa ciudad queda muy lejos de donde vive Nicolás? Sí, sí, en Suecia me han dicho que vive él, pero no sé cómo de lejos queda Suecia de su casa y de la nuestra, niña Julieta.

Por lo que me ha estado comentando ayer y esta mañana, su papá ha seguido siendo un díscolo, aquí y al otro lado del mundo, genio y figura hasta la sepultura, como decimos por acá... Díscolo pero luchador, eso sí, dispuesto a conseguir lo que quiere... Por cierto que hay un destino, porque su padre estuvo en su tiempo tratando de saber cuál de todas las mujeres que hemos vivido en esta tierra era su madre y ahora usted está mismo en este pueblo tratando de saber quiénes fueron sus abuelos y cómo se crió su padre en esta tierra. Está en Dios que los dolores que traemos a este mundo no terminan con nosotros, se los dejamos a los que vienen, Dios nos perdone... De modo que usted es hija de Nicolás... Entonces, si es verdad, niña Julieta, que tiene también, aunque mermada y escondida, una mancha, entonces esta mujer que le digo, la que vivía con el Manchado y, ahora que el hombre ha muerto, sigue en esa casa que está subiendo el cerro, vendría a ser su abuela. Mire cómo habían sabido ser las cosas, niña, así que usted proviene de la que vive allá

arriba con un montón de perros, vieja como yo pero más sola, de modo que es pariente nuestra... entonces cuénteme de su papá y si llega a verlo, dígame que no sea tan ingrato, pídale que regrese a visitarnos, que desde que era un muchacho no lo hemos vuelto a ver en este pueblo.

En cuanto a su abuelo, este hijo de mister Lilican que llegó hace muchos años a la casa de Emérita, allá en las pampas, escapando de quién sabe qué, lo llamaban el Ingeniero, es verdad lo que le han dicho, pero no era ingeniero, nomás era muy entendido y avisado. Era hijo del mister con una querida, y comandaba los quehaceres en la mina; nosotras sabemos de los Lilican porque sus vidas y las nuestras se vienen siguiendo las sombras desde hace mucho tiempo; su bisabuela, la madre de la mujer que vive allá arriba con los perros, provenía de Esteco, como también provienen de ahí mi madre y mi abuela Martirio. La mujer llegó a Tama en el mismo tiempo en que vinieron aquí mi madre y mi abuela, porque eran medio parientes; trabajaban en casas de familia como después todas nosotras, porque Nicolasa, mi hermana Emérita, Petrona Paula y yo nos ocupamos cuando jóvenes casi en los mismos menesteres y con los mismos patrones. Sucede que todas nosotras provenimos del Oeste, lo mismo que sus otros parientes. De Esteco, sí, ¿nunca ha escuchado nombrar ese sitio? Es el poblado que supo estar en antes tras el cerro; estaba, como le digo, en antes, en el tiempo en que el Señor de la Peña no nos había castigado, cuando no habían llegado el terremoto ni los tembladeras que vinieron después, ni la lluvia de cenizas que dejó por años la tierra como muerta, ni se habían derrumbado las laderas destos cerros, de tanto que han agujereado la mina para sacarle el oro. ¿Que cómo se va hasta allá? Es menester tomar el atajo que sale desde Tama hacia los cerros, apenas una huella que mantienen los guanacos y las cabras, y seguir hasta tomar el desvío; como a unas diez mil varas de aquí ha de ser. Hoy en el día, no creo que encuentre allá más que ruinas, aunque no sabría decirle con certeza porque nunca he regresado, no creo que haya otra cosa que piedra sobre piedra. De Esteco, como le digo, provenía su bisabuela, y también de ahí provenimos nosotras, mi madre y la madre de mi madre y todas las que vivieron antes; de Esteco mismo, un pueblo perdido, muy desmejorado desde que sucedieron aquellos castigos y desgracias. Vinieron a Tama después del primer terremoto, porque en el Oeste todo se echó a perder, en Esteco más que en esta parte. Por la miseria fueron bajando los pobladores en busca de trabajo, siempre hacia el Sur; algunos se quedaron nomás aquí, pero otros muchos o sus hijos se afincaron en otros sitios, como Emérita que se quedó en unos llanos abajeños y puso ahí una casa de hospedaje. Lo cierto es que en Esteco no quedó nadie ni nada, como no fueran adobes en el suelo. Esto que le digo pasó después del terremoto grande, fue entonces cuando bajaron a Tama mi madre, mi abuela y todas ellas y ya nosotras nos quedamos aquí y los hombres donde encontraban trabajo, que si no era en el oro del Nevado o en los llanos donde prospera el trigo, era hacia el Sur, donde las minas de carbón. Bajaban para ayudar en las cosechas o cercar con tientos de gringo los campos y así fue como nos fuimos quedando en nuestros sitios y ya no nos regresamos más a Esteco.

Todo esto que le cuento es lo que me ha contado mi madre, pero lo de Nicolasa, a eso sí lo he visto yo, con estos ojos. Fue un mismo día que nos presentamos las tres, yo misma, mi hermana Emérita y Nicolasa, en la casa de mister Lilican para ofrecernos en servicio y mismo ahí trabajamos un buen tiempo, pero como estaban el señor de la casa y también un joven de merecer, no sabría decirle si Nicolasa le tuvo el hijo para el joven o para el padre del joven o para alguno de los huéspedes, porque antes era así, niña Julieta, cuando se trabajaba en servicio, tanto el dueño de casa como los señores que llegaban de visita podían hacer cualquier cosa con una, que yo también soy madre en soltera y eso era así en antes, en Esteco y en Tama y en cualquier parte de acá de estos pueblos.

Mi bisabuelo Timoteo era zambo, hijo de un indio de Anguinán y de una negra que servía en la Capital. Había nacido durante la presidencia de Sarmiento, a juzgar por lo que figuraba en su libreta, y la euforia federal le impregnó con sus estertores los primeros años de vida. Poco después, su padre había cargado la familia y la había llevado a Tama en busca de un trabajo y del lugar donde estaban enterrados los suyos. Tenía varios hermanos, ni sabía cuántos porque muy pronto renegó de su casa y de su gente y empezó a vender brevas, hasta que se enquistó en lo de una mujer ya vieja que, en retribución de oscuros favores, le dio albergue y comida.

Cuando era todavía un muchachito se enganchó en el ejército de Roca y se fue a servir al Sur a cambio de unas leguas, aunque se pareciera más a las víctimas que a sus compañeros de milicia. En una de esas andanzas robó, a los dueños de un molino de trigo, una galesa de las primeras que vinieron a este país y por temor al padre de la joven o porque ya estaba cansado de ir de un sitio a otro, dejó las leguas ganadas con sangre ajena y regresó con ella al Norte; no le dijo una palabra antes de ceñirle el talle, cargarla en la grupa del caballo y escapar al galope de la mirada desconcertada de los padres.

En Tama se instaló en una covacha de adobes, situada en un terreno seco que la galesa no se ocupó de mejorar y que sólo mucho más tarde, con el trabajo de mi bisabuela Martirio y de sus hijas, empezaría a tener un poco de verde. Vivió allí varios años sin poder adueñarse nunca de esa forastera a la que había cargado por la fuerza un día en su caballo. La galesa se resistió durante los primeros tiempos, hasta que la desidia terminó por ganarla y se dejó acariciar como una cosa; no lograron vencerla ni el dolor, ni la bronca del hombre y ni siquiera reaccionó cuando él se hizo asiduo visitante del prostíbulo que regenteaba la Jandra. Timoteo Linares, que había hecho de la insolencia una costumbre, se dejó ganar por la tristeza y ya no tuvo fuerzas para cuatrerear entre los cerros y entonces se conchabó en la mina. Odiaba ese trabajo y todo lo que lo obligaba a aquerenciarse a patrón alguno, pero éstos no eran buenos tiempos y las quincenas ganadas en los socavones le iban a permitir ahuyentar el hambre y emborracharse tranquilo.

Linares, Milagro . Tama. Cfr. 45. Ediciones del Noroeste, Ciudad Benemérita de Tama, 1984

El amotinamiento sucedió un año después de la insurgencia en las minas de carbón, en el extremo sur del país. Las inhumanas condiciones de trabajo en la mina del Nevado reprodujeron como un eco aquellas rebeliones, hasta que el Doctor en persona bajó a los socavones. Cuando los mineros se enteraron de que el representante de la compañía inglesa en Tama se metería por primera vez en esos túneles de muerte decidieron gotear su sangre en un fuentón, en un intento desesperado por mostrar que nada tenían que perder.

Ese Doctor, viejo conocedor de leyes, que desde hacía años cuidaba los intereses de la compañía inglesa y ya casi nada recordaba de sus orígenes, creía que los tameños eran mala raza, animales que no sabían trabajar, y que de haber hecho como ellos, nunca hubiera llegado a nada. Entró en los socavones escondiendo el miedo en esa ropa absurda para la hora y para el sitio; se deslizó por las galerías hasta el lugar donde unos miserables hacían guardia frente a un latón con sangre. Los miró a la cara hasta advertir, apartado del resto, a un minero marcado por la viruela que tenía, como por equivocación, los ojos increíblemente azules. Se le acercó, convencido de que ese hombre nada tenía que ver con los rebeldes y le preguntó cómo se llamaba. *Emeterio Robador, para servirle*, dijo...

Linares, Milagro . Tama. Cfr. 48. Ediciones del Noroeste, Ciudad Benemérita de Tama, 1984

Milagro

Efectivamente, Julieta, mi apellido es Linares, soy la autora de ese libro de memorias que menciona y desciendo de esa Martirio Linares de la que habla, soy nieta de una hija que ella tuvo cuando ya era grande, pero como no me crió mi madre sino otras muchas mujeres que vivían en la casa, no podría decir a cuál de todas ellas cabría llamar mamá... Soy pariente, claro que sí, de Emérita, de Arminda y también de Petrona Paula; prima segunda de ellas soy. Ahora hace tiempo que no tengo trato, pero las he visitado a todas y las consulté cuando hacía mis investigaciones para escribir el libro..., Aunque ellas..., ¿cómo decirlo...?, han sido esquivas conmigo y un poco fantasiosas; en fin, que bien vivas son y, cuando quieren, saben enredar el hilo o desmadejar el ovillo. No, Julieta, en eso disiento, no es verdad que se confunden porque están viejas, eso le han hecho creer a usted, esa costumbre tienen... También yo tengo mis años, aunque no sean tantos como los de ellas. Y lo que es a mí, que las consulté cuando eran todavía jóvenes, se empeñaron en enrularme el rulo y retacearme lo que yo sabía muy bien que sabían y no tenían ganas de decirme. Las visité hace tiempo, cuando me jubilé y volví al pueblo buscando reanudar una relación de amistad y parentesco, necesitada como estaba de tener una familia. Pero no me fue posible..., con ellas no fue posible. No me quieren; nunca me perdonaron que me fuera de la casa, que me marchara a la ciudad y les tocara a ellas ocuparse de las tías viejas. Me lo han hecho pagar con sangre, de modo que yo aquí me quedo, Julieta, sin insistir ni rogarle nada a nadie, viviendo a mi aire. Las consulté, como le decía, para escribir hace ya mucho esa novelita que recrea la historia de nuestra familia y que, a raíz de una sugerencia del licenciado Brizuela, que me tiene cierto aprecio, se editó con el título de *Tama* en la imprenta oficial de la región Noroeste y que usted, según me dice, pudo consultar en el Archivo. Ah, el licenciado le regaló un ejemplar, qué bien, sí, yo había dejado algunos libros allí para que él pudiera hacer sus obsequios. Bueno, Julieta, espero que no la adormezcan mis historias familiares... Como le dije, no había regresado a Tama desde que, muy jovencita, me fui a la capital, pero una vez jubilada de mis tareas docentes, decidí volver para dejar, aquí entre los míos, los huesos... ¡Entre los míos...!, bueno, eso pensaba yo, porque no sabía que aquí estaría tan sola como estaba allá. Es que para todas ellas yo no cuento, ellas no sienten que yo sea de su sangre...

Hay una cosa que me gustaría decirle, un secreto... Sucede que todos en esta familia tienen una mancha, un lunar grande o pequeño en algún lugar del cuerpo, un lunar con pelos, como una rata, y, no sé por qué razón será, pero lo cierto es que yo no lo tengo... Por eso ellas dicen que yo no soy Linares, me han increpado muchas veces, quieren que les muestre dónde está la mancha, que si es verdad que soy la misma que se fue de joven, debo tener la mancha en alguna parte..., y ¿qué quiere que le diga? Yo lo lamento mucho pero no tengo mancha para mostrar. ¡Me

increpan como si fuera una impostora, como si la que hubiera regresado para escribir ese libro no fuera la misma que se fue cuando era joven...! En fin, cosas de gente necia, le diría... Pero yo ya cerré ese capítulo, yo ya no me hago más problemas.

¿Me pregunta desde cuándo soy escritora? No soy escritora, Julieta, ¡por favor!, no voy a afirmar esas zonceras... De joven, lo reconozco, tenía ciertas pretensiones, pero después ya no, viendo que hay tantos buenos escritores, más bien me he dedicado a enseñar. Fui maestra hasta que me jubilé y entonces, como le digo, regresé a este pueblo, buscando quién sabe qué, el aire de estos cerros ha de haber sido, porque aquí ya no vive quien me quiera ni me asista..., pero hay una luz que no se encuentra en otra parte, y está este paisaje que no se puede olvidar... En cuanto a escribir, sólo he escrito ese libro que le obsequió el licenciado Brizuela y ha sido más que nada por reconstruir la historia familiar, aunque muchas cosas que ahí cuento no sabría decirle con certeza si sucedieron, son más bien cuestiones que imaginé... Tal vez un poco como está haciendo ahora usted, que viene y habla con todas nosotras y escucha nuestras alegrías y nuestras penas, buscando alguna migaja de la vida de su papá..., pone lo que sabe, lo que le decimos y lo que no sabe se lo inventa... Así hice también yo hace ya años, fui reconstruyendo o inventando, que lo mismo da una cosa o la otra, la vida de mi gente y de mi pueblo. No por otra razón escribí *Tama*, de modo que más que contar mi historia, lo que cuento allí es la historia de este pueblo nuestro y la de todas esas madres que tuve sin saber cuál era en verdad la mía... Eso ha sido y no otra cosa, un gusto que pude darme, quizás por una necesidad muy honda de saber quién era y qué había venido a hacer a este mundo. Lo que sucede es que, como le decía, soy hija natural de una Linares, bisnieta de Martirio Linares, hija de madre soltera en esta tierra donde son madres solteras todas, todos hijos e hijas sin padre conocido, porque aquí, en este desierto, el padre no es más que el nombre de un hombre... Un nombre que nuestra madre nos trasmite, *Sos hija del hijo de fulano o de mengano*, nos dicen, y después ya nada... Nada de nada, ni una presencia de hombre, nada..., y hay que aprender a vivir con esa mancha.

Yo era muy chica cuando mi madre se fue a trabajar de sirvienta a la capital, de modo que me crié con unas tías solteras, pero sobre todo me crié con Martirio, la mamama como le decíamos, madre de todas ellas y de todas nosotras. Sé que yo era la luz de sus ojos, no había cuestión en la que no me consintiera y seguramente hubiera podido pasar así la vida, pero cuando me hice grande, tanto cuidado empezó a asfixiarme, no pensaba en otra cosa más que en irme de la casa; de la casa y del pueblo que por entonces me parecía tan aburrido y tan triste. En aquel tiempo, todas ellas bordaban para afuera, así fue que, niña entre tantas mujeres grandes, me enseñaron también a mí a coser y a bordar. Me sentaba junto a la ventana con un bastidor sobre la falda, a hacer encajes o rositas rococó en los pañuelos y en las blusas. Como ya por entonces amaba leer, sacaba libros prestados de la biblioteca del Archivo, me los ponía en la falda y los tapaba con el bordado, porque a todas ellas les parecía una pérdida de tiempo que una se pusiera a leer en lugar de trabajar. Una vez, me prestaron un libro que estaba

prohibido, eso me dijeron, y creo que el libro me interesó justamente por esa razón; habré tenido catorce años... Recuerdo que lo puse sobre la falda, debajo del bastidor, para leerlo cuando todas esas madres que tenía se descuidaran... *El derecho de matar* se llamaba... Era la historia de un joven, su hermana y su amante y tenía en la tapa un hombre echado sobre una mujer, acostados los dos, besándose sobre un cajón de muertos. Cuando me vieron, porque en algún momento yo quise alzar unos hilos y el libro fue a parar al suelo, no quiero contarle el lío que se armó en la casa, Martirio lo echó al brasero y de ahí tuve que sacarlo yo, medio chamuscado, para devolverlo... Como le decía, Julieta, cuando yo era chica todo lo que había en este pueblo me gustaba y ahora que me he puesto vieja otra vez me gusta. La luz, estos cerros, este aire y estas vides, creo que no podría ya vivir en otra parte, pero cuando era joven no pensaba en otra cosa que en irme. Y eso fue lo que hice ni bien pude: dije que iba a buscar un trabajo en la ciudad y que ahí iba a estudiar para maestra, porque siempre he tenido aspiraciones y me gustó mucho enseñar... y así fue, un buen día tomé el tren para organizar mi vida en otra parte. No me fue del todo mal, estudié en una escuela nocturna mientras trabajaba en una residencia para ancianos, hasta que me recibí y comencé a dar clases en un colegio de monjas, a raíz de una recomendación que enviaron desde aquí las Hermanas Mercedarias. Pude estudiar y vivir más o menos como había querido, aunque también es cierto que muchas veces me sentí muy sola, pero de igual modo por años no tuve apetencia de regresar a Tama, por nada del mundo hubiera aceptado volver. Me escribía siempre con una de mis tías abuelas, y ella es la que me fue contando cómo de una en una se iban muriendo todas..., me pedía que regresara a verlas, aunque más no fuera una última vez, que viniera por unos pocos días, pero yo... siempre encontraba razones para no volver, nunca había tiempo ni dinero, en fin, así son las cosas cuando una es joven... Hasta que llegó el día en que Martirio murió... Cuando lo supe, lejos de todo y de todas, sin tiempo ni entereza para llegar al velatorio, empecé a escribir la historia del pueblo y de mi gente, la historia de esas mujeres solas y de esa vida dura que ellas, todas ellas, tuvieron que llevar...

...he sentido por mucho tiempo a la vez rechazo y apego por todo lo que tenía que ver con Tama, pero finalmente la nostalgia pudo más, porque al jubilarme, aunque ya no quedara aquí quién me quisiera, decidí volver y eso hice, como usted puede ver. Nostalgia de las mañanas junto a los cerros, del techo de quincha al despertar, del trajinar en el fondo del patio, entre los mandarinos, las gallinas, los zorzales. Cuando era chica, me levantaba, tomaba mi tazón de paico y me iba luego a andar por las higueras con los oídos atentos, hasta oír que había ruidos en la casa de los vecinos. A veces ayudaba a Martirio a hacer el pan, a transformar el engrudo en esos bollos hinchados que salían del horno de barro dorados y crujientes. El verano aquí es muy lindo, la luz es increíble, distinta de cualquier otra, y siempre hay un desafuero de chicharras, abundancia de higos en las higueras, tunales abarrotados, mujeres haciendo arropes y preparando frutas secas... Como le decía, no soy nieta de Martirio sino bisnieta, soy la nieta de su hija menor. Cuando yo ya era una mujer, mi madre me contó cómo fue que sucedieron las cosas... Fui concebida en el único encuentro que ella tuvo

con mi padre, dos niños eran, también él una criatura que no pudo hacerse cargo de nada. Las mujeres de la casa intentaron que la preñez no se notara y la mandaron, recién parida, a la capital, para que encontrara marido como una muchacha soltera, y así fue que se quedaron conmigo todas esas tías viejas o, para mejor decir, yo me quedé con ellas. No encontró marido mi pobre madre, ni entonces ni pasados los años. Trabajó de sirvienta y más tarde cuidando ancianos y ya no tuvo otros hijos, ni tuvo otro amor, en fin, nunca pudo terminar de organizar su vida. Tampoco yo tuve hijos... Me contó mi madre, en una de las pocas ocasiones en las que una se confiesa a la otra de una vez y para siempre, que cuando advirtió las faltas del sangrado y tuvo la certeza de que estaba encinta, buscó la manera de hacérselo saber a mi padre, al que habían llevado a la rastra a cosechar fruta, la finca de un tío. Le mandó mensaje con un tameño y, según le comentó después el hombre a mi madre, mi padre le dijo que bajaría enseguida a Tama para casarse con ella, el muy mozo... Pero no sé qué habrá sucedido, no habrá podido decidir, pienso yo, porque era también él una criatura... En fin, que ni volvió a Tama el muchachito ni se casó con mi madre.

Cuando vine al mundo, todas las mujeres de la casa, todas esas madres que tuve, me festejaron como si hubiera llegado la guagua de Belén, porque fui muy querida por todas, eso no lo voy a negar. Nací, como lo conté en el libro, a comienzos del verano... Ajetreo, palanganas con agua caliente, trapos de algodón, como se acostumbraba en aquel tiempo, porque los niños nacían en la casa. Al parecer, todas habían dado por hecho que yo sería un varón, porque antes no se podía saber con anterioridad el sexo de un niño, de modo que cuando Martirio, que oficiaba de comadrona, me giró para ver a qué mitad del mundo pertenecía y vieron que era una niña..., en fin, Julieta, ya puede imaginarse la desilusión...

Lo cierto es que mi madre quedó muy enojada con mi padre, con la preñez, conmigo y con la vida... Gritaba que no quería tener hijos, que no quería parir hembra, que no quería ponerme nombre alguno y otras lindezas por el estilo, y entonces Martirio, acostumbrada a toda adversidad, dispuso que me llamaran Milagro. Así sucedieron las cosas y por eso es que me llamo Milagro Linares. También yo Linares. Llevo el apellido de todas mis madres, porque mi padre nunca me reconoció. Como le he contado y un poco como le ha pasado a usted, tampoco yo conocí a mi padre, pero según me han dicho tengo de él las cejas espesas, los ojos oscuros y la piel clara... En fin, es algo, ¿no le parece?... Disculpe, no le he ofrecido nada, ¿le gustaría tomar una taza de té?, ¿una tisana de jarilla? Es muy antigua, ya la usaban aquí los diaguitas, tiene muchos beneficios; sienta el aroma, Julieta, dicen que era la tisana preferida de don Ángel Peñaloza.

Como le decía hace un momento, mi madre llegaba a Tama una vez al año, para Navidad..., durante una semana me llenaba de dulces y juguetes y después se iba otra vez..., y era entonces despedirla, mi mano levantada entre otras manos, en la estación de trenes. Sin embargo, hasta donde recuerdo, tuve una infancia feliz acompañando la soledad

de Martirio y de las tías, pero claro, después una va creciendo..., en fin. La casa donde me crié ya no está; la tiraron abajo hace unos años para levantar un supermercado... Una ristra de cuartos en hilera, paredes de adobe y techos de cañas amarillas que daban a una galería con jazmines. Tenía un patio enorme aquella casa, con el horno de pan y los piletones y al fondo los mandarinos, las higueras, las damascas, los parrones y el curso de agua jabonosa hasta el cantero de las calas. Me parece todavía un milagro que ellas le hubieran podido sacar vida a ese desierto, a lo largo de años habían vaciado piedra por piedra lo que era el lecho de un río, habían acarreado tierra buena desde el otro lado del arroyo y regado día tras día con el agua del surtidor que está camino del cerro, por donde todavía pasa la acequia... Desde la ventana, alcanzaba a ver la acequia, deseaba su frescor, su rumor... ¡pasaba horas mirando hacia allá con la mano sujetando la cortina, hasta sacar permiso! Y cuando lo lograba, iba corriendo entre las piedras, hasta el agua que escurría hacia las fincas. Pocas veces me permitían salir de la casa, la vida transcurría nomás ahí en el patio, entre los frutales y los pájaros; en ese territorio yo era reina de todos los quehaceres, destinataria de labores de aguja y de cocina y la razón primera y última de los cuidados de todas. En el transcurrir de aquellos años, me contaron la historia de Tama y de la familia, la vida de ellas, sus secretos... Viví rodeada de esas confidencias, escuchando sus resentimientos, sus amores y sus odios, hasta que todo eso comenzó a angustiarme, la quietud del pueblo, la falta de miras de la gente... y también yo, como mi madre y como todas las hermanas de mi madre, empecé a preparar las cosas para irme.

Había comprado en secreto los pasajes y preparado mis bolsos sin abrir la boca, como una traición me parece eso ahora, pero tenía miedo de que me convencieran, de no poder irme a respirar otros aires... Miedo sobre todo por Martirio, porque yo era luz para sus ojos y ella era..., ¿cómo decirle? Ella era mi sangre y mi sustento. Sin embargo, cuando lo supo, casi sobre la fecha, no se enojó, nomás esa tristeza, ¿cómo le había ocultado que me iba, si todo lo que quería era verme feliz?... Son palabras que me siguen doliendo todavía... Me dio vergüenza dejarla sola; estuve a punto de quedarme, pero, como puede ver, no lo hice.

Martirio me regaló una medalla de Santa Rita, esta que llevo bajo la blusa, me secó las lágrimas y me dijo que la santa sabría cuidar de mí. Me ayudaron todas, viejas como eran, a preparar remedios caseros y comida para saciar el hambre de meses, hasta que llegaron el día y la hora. Compartimos el camino a la estación, por estas calles de pedregullo..., y como yo no soportaba el silencio que se había instalado entre nosotras, como sólo escuchaba el ruido de nuestros pasos sobre la greda, iba prometiéndoles no sé qué cosas. Me pareció que nunca llegaríamos, pero llegamos a ese tren que me trasladaba a donde yo creía que sería feliz y entonces subí, me senté junto a la ventanilla..., llorando, tal vez porque aunque todavía no lo supiera, el corazón presentía que dejaba más de lo que iba a buscar. Me senté con la cara pegada al vidrio, y las miré, lo recuerdo bien, consciente de que me iba para siempre... Es como si las viera ahora mismo, Julieta... las caras cruzadas de arrugas, las manos grandes de trabajar, los pañuelos

cubriéndoles las cejas... Después el tren comenzó a moverse y entonces ellas se alejaron, se hicieron pequeñas contra los andenes, contra las laderas de los cerros, contra las cumbres blancas del Nevado, hasta que fueron un punto negro en la distancia y después..., después, hija, ya no vi nada...

Martirio Linares había nacido en el Oeste, de padre y madre bien casados, en un hogar como Dios manda, en un caserón con quintas y frutales. Su madre era una mujer enferma, que había muerto finalmente arrastrando a su marido a una depresión que también le costó la vida y dejó a las hijas libradas a su suerte. Las tres hermanas anduvieron rodando de sitio en sitio hasta que a ella le tocó irse a vivir con una tía que no conocía, cuyo marido se hizo cargo de los bienes. Tenía por entonces pocos años, de modo que fue olvidando su apellido y tomando el de los que la criaban hasta que mucho tiempo después, cuando la vida quiso que se casara con Timoteo Linares, descubrió que estaba anotada en una parroquia del Oeste como Laureana Martirio Cardozo y recordó el nombre con que la llamaban de niña y no pudo comprender qué había sido de su casa y de su finca ni a quiénes habían ido a parar los enseres domésticos, las propiedades y el dinero. Los años fueron pasando iguales, uno tras otro, y ella fue viéndose crecer, primero en los batones que había que alargar y después en los pezones que se hinchaban, en las caderas... Fue en esos tiempos, mientras bajaba al poblado vecino a vender quesillos, cuando conoció a un muchachito apenas mayor que ella, con el que aprendió a desbarrancar el deseo entre los claros del monte. Los encuentros duraron poco, porque enseguida se preñó, su vientre empezó a crecer, y entonces dejó el campo, las cabras, la casa ajena, sin saber muy bien a dónde iba, hasta que derrapando de un sitio a otro, llegó a Tama.

Linares, Milagro . Tama. Cfr. 63. Ediciones del Noroeste, Ciudad Benemérita de Tama, 1984

Casi nunca llueve en Tama, pero por aquella época las inundaciones hicieron estropicios y el agua corrió como un río sobre la tierra seca, arrastrando a su paso cuanto encontraba. Fue durante el transcurso de esos diluvios que Martirio comenzó a hacer figuras de engrudo, los dedos ágiles en la pasta de agua y vinagre, en un intento de cercar algunas formas que lograron escapar al deterioro del tiempo y la pobreza: una mazorca para alegrar un poco los cuartos, un Niño Alcalde con su trajecito oscuro y su camisa de jabot, una Santa Rita, patrona de lo imposible, para que nada falte en la casa... Aunque se le iba la vida en lavar ropa y tener hijos, parte del torbellino de cambios que sacudía al país, llegó hasta su casa. Así fue como los misioneros golpearon cierto día a su puerta, le dijeron que no era bueno vivir amancebada, sin la bendición de Dios, y le hicieron creer que tanta desgracia había sido posible sólo por eso. Ella, en un intento de congraciarse con el cielo, después de muchos años de vivir con Linares, se casó con él, para lo cual viajó al Oeste rastreando sus orígenes y descubrió que su apellido era otro, que su nombre era otro, que había nacido en el decoro de una familia organizada y que ese deambular en que se metiera no había sido más que un revés que le había tendido la suerte. Entonces pensó que encontrarse con lo que había sido debía ser señal de buen augurio y que a partir de ese momento, una estrella empezaría a protegerla.

Linares, Milagro . Tama. Cfr. 68. Ediciones del Noroeste, Ciudad Benemérita de Tama, 1984

Petrona Paula

...no, Niña, yo no le hablo de esa época, yo le estoy hablando de mucho antes... No de los tiempos de la madre del muchacho sino de los de la joven de la cara picoteada que fue madre de ella, que son también los tiempos en que todas se afincaron en la región de Tama y algunas mismo en la casa del doctor Idoria, para hacer sus labores. Aunque tenía mujer propia y también a una muchacha muy donosa, a veces el Doctor éste que le mento le hacía a otras muchachas de la casa porque no le menguaba el vicio, fíjese usted. Lo cierto es que, según me comentó en su día mi madre, al verla preñada a la niña de la cara picoteada, los Idoria la despidieron; habrá sido por no hacerse cargo de los gastos de la criatura o tal vez porque no se comportaba. Y entonces la muchacha se fue por llanos y salitrales y se ofreció como sierva o para otros menesteres, que eso ya no lo sabemos nosotras. Pero la otra hermana, la que era buenamoza, esa sí se quedó en la casa, como querida del Doctor, hasta que él murió y luego, si es verdad lo que se dijo, marchó a la capital y trabajó con hombres hasta que se agarró una peste y ya no sé qué fue de ella, Dios la tenga en su gloria y la resguarde. Conozco estas cuestiones de las dos hermanas, la buenamoza y la muchacha de la cara picoteada, la madre de Nicolasa, por mi propia madre; ella supo hablarme de estas mujeres cuando yo era niña, porque eran medio parientes y trabajaban todas para este Doctor que le mento. Mi madre se ocupaba de las tareas de cocina, porque era muy buena en los fogones, y ahí conversaba con la de la cara picoteada, esta que vendría a ser su bisabuela, y le daba mucha pena que ella tuviera que irse con el hijo por los campos, pero está en Dios que cuando se es pobre, niña, no se puede elegir.

En cuanto a Martirio Linares, vendría a ser abuela de Emérita y de Arminda, que son hijas de mi tía Zenobia, y también abuela mía, por lo que puestos a considerar, había sabido ser que Emérita y Arminda, por una parte, y yo, por otra parte, venimos a ser primas. Martirio llegó a Tama desde el Oeste, más propiamente desde Esteco, y se puso a vivir con un Linares y le tuvo para él como diez hijas; una de esas hijas, una de las más grandes, también trabajaba en servicio en esa casa y le tuvo, según creo, una niña para el mismo Doctor, si el hilo de la memoria no se me enreda y recuerdo bien lo que mi madre me contaba. Le tuvo cría, como le digo, aunque no faltó quien dijera que la niña no era de él sino de un hombre de la servidumbre, que eso es algo que nunca se sabe. Lo cierto es que las dos muchachas, la que tenía manchas de viruela y tuvo a esa niña que vendría a ser Nicolasa y la otra, esa hija de Martirio que no conocí, en lugar de quedarse donde estaban, como madres de leche de esas guaguas que iban a criar los patrones como propias de ellos, ellas no, fíjese usted, al parecer se pusieron de acuerdo y se marcharon con sus retoños por los campos. Lo cierto es que, andando de un lado a otro, terminaron dejando las crías en un sitio de los llanos, tal vez por Punta del Agua o por Patquía, que eso es algo que no conozco

enteramente, y si todo es como dicen, se marcharon después a la ciudad a trabajar con hombres. Mala cabeza pienso que han de haber tenido, porque van y dejan los hijos a la buena de Dios, como quien dice, hasta que el destino quiere que alguno los rescate. Pero el asunto no terminó ahí, porque después una de esas niñas, que de la otra ya no supimos nosotras, ésta a la que llamaron Nicolasa, se hizo grande y también se preñó y dejó a su crío en un sitio de por allá, que la rueda como usted ve siguió rodando. Y así es como su bisabuela tuvo esa hija en soltera y también su abuela tuvo al hijo en soltera y las dos tuvieron que entregarlo. Aunque el caso de su papá, es creo yo dentro de todo bien distinto, ya que su abuela debió darlo porque el Manchado no quería al niño y entonces no hubo nada que hacer, que así son a veces las cosas..., o al menos así lo han sido en antes. Lo cierto es que entre un asunto y otro y mentando unas cuestiones o las otras, el Manchado no le quiso el hijo a Nicolasa o Nicolasa no quiso que él tocara al niño y de ahí, creo yo, dimanaban todos los males y las penas.

Lo cierto es que, según creo, por mejor hacer y obedecer, ella terminó por entregar al hijo; empezó por dejarlo en prestado por un tiempo en un sitio de caridad y después de seguro no habrá podido retirarlo, que así resultan muchas veces las cosas... La cuestión es que el hijo fue quedándose en aquellos páramos, hasta que lo llevó una familia de apellido Corso. Por eso es que él se llama Nicolás Corso, porque esta familia lo crió como propio de ellos, hasta que él se enteró de la mentira y se fue de la casa, muy enfadado, según dicen, y entonces la mujer esa que vendría a ser la madre que tenía, se enfermó de un mal incurable y por esa causa se estropeó la vida...

Así es, niña, como le contaba ayer, Martirio bajó desde Esteco hasta Tama. Llegó pobre como una rata y tuvo muchas crías, todas niñas, para un Linares. Ella le contó a mi madre cómo sucedieron las cosas y mi madre me las contó a mí, de ahí conozco yo que una hija de ella, una tía que yo no conocí, fue a esa casa del Doctor para fregar nomás, porque ya tenían cocinera y una criada que servía la mesa y atendía la puerta. En ese tiempo, los señoritos se saciaban con las sirvientas, así es que como quiera que hayan sido las cosas, mi tía se acostó con el padre o con el joven de la casa y el padre o el joven se acostó con ella y quedó preñada. Cuando el dueño de casa, este doctor Idoria, lo supo, pidió que cuidaran a la muchacha hasta que tuviera a la cría y cuando nació..., bueno, ahí no sé qué más puedo decirle, porque no sé si usted que ha vivido en otras partes sabrá cómo son aquí las cosas. Lo cierto es que después que tuvo a esa hija, anduvo de rancho en rancho pidiendo ayuda o haciendo quién sabe qué, hasta que se aquerenció en una casa de citas, porque ahí terminaban muchas veces las muchachas que parían en solteras, una casa de mal vivir que estaba en el boulevard casi llegando a la estación de trenes, cuando había trenes por estas tierras de Dios. A esa casa la regenteaba la Jandra, la doña más hermosa de estos pueblos del Noroeste..., hace años que murió, pero todavía se habla de ella por acá. Parece que era muy avispada la mujer, muy vivaracha, así que en cuanto se puso vieja y no pudo ya saciarle el vicio a nadie, abrió una casa donde cobijaba a las muchachas que trabajan en estas cuestiones. De muy joven, la mujer supo ser hembra del doctor

Idoria y después, pasado el tiempo, cuando ya no era tan joven, lo fue también de mister Lilican y si todo es según se ha dicho por acá, él mismo ha de ser el padre del hijo que ella tuvo, uno que se hacía llamar Ingeniero y que terminó de bocón en la mina... Lo cierto es que la Jandra regenteó ese sitio de mal vivir, hasta que se volvió tan vieja que ni hablar podía... Le gustaban el vino y la chicha; tomaba por las tardes su chicha florecida y un vino pisado de los que se preparan todavía por acá, y después, ya un poco magreadita, hacía lo que le venía en ganas... Se daba más de todo con los hombres y dormía junto a los fogones y a veces también en la cama de alguno, porque el vicio no se le iba ni de vieja. Pero tuvo y crió a ese hijo en soltera como todas nosotras y como casi todas las mujeres de esta tierra, hasta que el muchacho comenzó a trabajar para su padre.

Toda esta gente que llegó de Esteco y de otros poblados del Oeste y nosotras mismas, provenimos de unos pobladores que habrían bajado dizque del Cuzco. La madre de mi madre, esta Martirio de la que le hablo, era hija de unas gentes de buen pasar que murieron cuando ella era una niña y vendría a ser por eso que ella anduvo sin rienda ni rumbo, lo mismo que las hijas, no porque viniera de pobres. Aunque hay quienes dicen que ella habría sido hija del padre mismo con una criada, que no con la mujer propia la habría tenido el hombre sino con una del servicio, que aquí todo es así como ha sido siempre. También se supo decir que no nació en Esteco sino aquí, que fue a Esteco cuando era muy pequeña y que después, de joven, bajó otra vez a este pueblo, ya para quedarse. Pero de esto que le digo de los muchos que llegaron a este pueblo o se fueron yendo, puede usted ver más y mejor en los libros que tiene el señor Brizuela en el Archivo. Ha de haber también ahí un libro que escribió una pariente nuestra con la que no tenemos trato; la mujer se quedó por acá su buen tiempo, nos sonsacó muchas cosas y mucho le confiamos nosotras a ella, y sé que luego escribió, con eso que le fuimos contando y con otras cosas que se inventó, un libro que habla de la familia y de Tama mismo, de cómo era todo antes que a esta tierra la hubieran maldecido. Si le interesa, puede solicitárselo al señor Brizuela, el director del Archivo, o tal vez a su ayudante, el señor Rosendo Millicay, porque él también proviene, como nosotras, del Oeste.

Como le comentaba, niña, andando hacia atrás, más atrás de todas nosotras, Martirio, la mamama de toda esta familia de mujeres que somos, quedó pronto huérfana de quien fuera que la hubiera parido, de la madre misma y de la que la criaba, y la cobijaron unos indios con los que dormía, según dicen, cubierta con pellejos de oveja, y así fue que aprendió a hablar en lengua antes que en español. Cuando era todavía una criatura, se fue del sitio donde moraba, se confió en Dios y la Virgen, y vino a Tama, pero siempre recordó aquello en propia carne, porque fue entre aquellos indios donde aprendió todo lo aprendido. Es que según me supo relatar mi madre, de joven sabía andar a caballo por la sierra, protegida siempre por Nuestra Señora del Milagro y por el Señor de la Peña y todo eso se le quedó en el alma; eso y la música de aquella gente, porque vea usted, nomás el sonido de un charanguito o de una quena la alegraba. Solía contar que en aquel tiempo en que moraba con los indios, una noche en que estaban entonando sus bagualas llegó

hasta el rancho el señor dueño de la hacienda, que había oído música en el rancherío. Ocultándose llegó el hombre hasta los horcones, fíjese usted, y dijo *A esta hora no se canta, a esta hora se reza, indios de mierda* y tomó la quena que uno d'ellos tenía, la tiró al suelo y la pisó, hasta romperla. Siempre contaba eso, pobrecita, se le ha de haber quedado en la memoria grabado para siempre, sabrá Dios por qué... Pero me estoy yendo otra vez por mi sendero, porque de lo que le quería hablar era mismo de cómo fue que nació la ciudad que llamaban Esteco Nueva. Esteco era muy rica, estaba revestida en oro y plata, y por eso mismo era muy orgullosa la gente de antes ahí, muy afincados al lujo y mezquinos con los pobres. Lo cierto es que en ese tiempo, Dios sabrá por qué causas y razones, llegó aquel temblor del Diablo, todo se derrumbó y los ricos y los pobres se mezclaron, porque ya eran para entonces todos pobres. Esteco estaba a la vera del río, a pocas varas del zapallar, y aunque era muy antigua la llamaban Esteco Nueva porque era copia de una de allá de España que era más vieja que ésta. Pronto se hizo un lugar afortunado, prosperaban los animales y sembrados, pero después del terremoto y la lluvia de cenizas todo pasó de rico a ser muy pobre. Según los padres de la iglesia y otro padre que estuvo aquí en antes para dar sus misas, la destruyó un terremoto hace tantísimo, pero que yo sepa no ha sido uno sino cuatro, mismo cuatro han sido, porque la tierra no dejó de temblar hasta que todo se vino abajo. Hay quienes dicen que aún queda por allá la estación de trenes por donde pasó, cuando todo estaba piedra sobre piedra, el tren que la llevaba a Eva hablando a los descamisados.

¿Me pregunta si la he visto yo, con estos ojos, pasar por esos páramos? No, la verdad sea dicha, yo misma no, para qué voy a mentirle, son nomás cosas que me han contado porque aunque eso no está muy lejos de aquí, desde que yo era una niña no me he movido casi de mi sitio; yo aquí nomás me he quedado, en el campo, en estas orillas de Tama, viviendo de mis maíces y mis animalitos, mis papines y calazabas, que con estos frutos y la leche de mis cabras me sustentó... De haber visto yo misma a la finada Evita, no recuerdo, como le dije, pero son cuestiones a las que le doy crédito porque sé que ella pasó por el pueblo de los llanos donde vivía, cuando era joven, el finado mi marido. Él moraba en una casa de huérfanos, frente mismo a las vías del tren, y una tarde abrieron las ventanas de par en par y así fue que otros expósitos que ahí vivían y él mismo la vieron asomar, rubia como una Virgen, desde la ventanilla de un vagón de trenes. Dicen que parecía una reina y tenía la piel blanca como el papel, una muñeca era... y así con su trajecito sastre y la cintura avispa, se mezclaba con los pobres y hablaba en todos estos pueblos. *Mis queridos grasitas* decía, y la gente la saludaba con sus pañuelos, los jornaleros y los mineros que subían de los socavones, lloraban y el finado mi marido y otros tan sin madre como él, nomás de ver a esos hombres que lloraban como críos, tenían ganas de llorar también...

Todo esto que le he ido mentando mientras preparaba mis tamalitos, niña, pasó antes que del pueblo quedaran nomás estas miserias, pura piedra rodando. Con el terremoto se vinieron abajo las casas, las de la ciudad y las de estos parajes de los alrededores, y este rancho que usted

ve, que lo tuvimos que arreglar como pudimos, levantando del suelo adobe por adobe y apuntalando con troncos de quebracho estos muros, porque todo quedó en el suelo por días y por años. A más de eso se fueron también los hombres y las jóvenes, aquí nomás de esta casa nuestra se fueron mi padre y todos los hijos que mi madre tuvo, y se fueron también mis hermanas y sus hijos. Nada más nosotras quedamos, mi madre, una tía que estaba muy disminuida y yo que todavía era una niña, porque las jóvenes de merecer bajaron más hacia el Sur a servir en casas de familia o por otros menesteres y los hombres que no se conchababan en la mina, se marcharon hacia llanos abajeños en busca de trabajo. Iban con la promesa de volver, pero se retiraron y entonces no supimos ya de ellos. Tendría que haber visto usted lo que fue esto y la pena que nos nació ante las ruinas embarradas, los crucifijos al cielo, pidiendo perdón por los pecados... Un castigo de Dios ha de haber sido, porque tuvimos que empezar otra vez, agregar adobe a los muros, quinchar a los techos, acomodar los patios, recuperar las plantas, arrancarle a la tierra un poco de verde, con lo difícil que resulta que algo nazca en estos pedregales.

Sírvase uno de mis tamalitos, niña, están muy buenos... ¿no los ha probado nunca? Una receta de mi madre, me salen muy sabrosos... Martirio solía contarme, cuando yo era niña, que a una tía mía que no conocí también la había aprovechado el doctor Idoria. No recuerdo si el Doctor mismo o alguno de sus hijos, hasta que ella se fue a la ciudad, porque nadie la quería en el pueblo, ni para mujer propia ni para hembra, pero con la madre de su papá no ha sido así, yo estoy por creer que es difamación de la gente. Que yo sepa, su papá es hijo de Nicolasa, la mujer de los perros, y es también hijo del hombre de la cara brotada como una flor de retamo o de glicina. Si usted se fija en su papá en cuanto vaya a verlo, comprobará que también él tiene una mancha, no en la cara, Dios nos libre y nos guarde, sino en el brazo, porque este hombre al que llamaban el Manchado, tenía la mitad de la cara florecida, el ojo y todo el flanco hasta la nariz, pero a su papá, como bien lo sabrá usted, la mancha le salió mermada y le viajó hasta el brazo, por los muchos ruegos que le hicimos todas nosotras al Señor de la Peña. Lo cierto es que mancha o no mancha, ese hombre de la cara podrida era muy malo con Nicolasa, muy dañino, y no le aceptó que tuviera el hijo porque, según decía, no era bueno traer críos a este mundo. Quiso que ella tirara al niño apenas quedó preñada y la llevó encinta como estaba hasta la casa de una comadre que hacía esos trabajos por aquí en aquellos años, pero estaba muy avanzada la cuestión..., pienso yo que la Virgen y el Señor de la Peña no han de haber querido que su padre faltara de este mundo, porque ya sabrá usted que cuando eso sucede es que el niño está destinado a hacer el bien. Lo cierto es que la comadrona dijo que no se podía hacer nada, que estaba la criatura ya en su sitio y era de Dios que no podía retirarla y entonces el hombre le aceptó que lo tuviera, siempre y cuando lo dejara por ahí o se lo diera a alguna de otro pueblo o lo tirara por los campos. Y así fue que ella atravesó esos pedregales y caminó los días y las noches hasta que encontró a unas hermanas de caridad y a esa familia de Patquía que lo crió. Pero ella es la madre propia, sí, y el hombre que vivió con ella y que llamaban el Manchado, era el padre de

su papá, porque ella no ha tenido para su desgracia, creo yo, otro hombre que ese, ni antes ni después. Por eso a su papá supieron decirle en un tiempo Mancha'e Tigre por ese asunto de la mancha en el brazo, porque en esta descendencia, quien más quien menos, todos nacemos manchados; lo que pasa es que aquí todos son muy hablantines, pero si la Virgen no me deja mentir, yo le prometo, niña, que Nicolasa y el Manchado son los padres de su papá, es decir sus abuelos verdaderos.

La llegada de un viajante es motivo de comentarios en voz baja, de miradas encendidas entre las mayores de veinticinco. Ellas se apresuran a ahuyentar los rezos, a alisarse las faldas sólo en apariencia dormidas. Los suspiros vuelven a agitarse en los pechos oscuros y palpitan las blusas, se arrebolan los rostros. Algo las empuja a la calle a comprar hilos, agujas, bastidores, alambres, a mostrársele al hombre que ha venido de paso. Saben que es la única oportunidad para iniciar la vida en otro sitio, porque cualquier lugar es mejor que ese pueblo moribundo donde sólo quedan los que se burlan mientras magrean chinitas por la calle ancha. Empezar la vida en otra parte, aunque la gente diga que las pocas que lograron marcharse acabaron envejeciendo en los burdeles de la ciudad.

Linares, Milagro . Tama. Cfr. 79. Ediciones del Noroeste, Ciudad Benemérita de Tama, 1984

Noviembre es el mes de los difuntos, las mujeres rezan las novenas, reciben en su casa los sagrarios y andan con escapularios, entre el lavado y las vituallas. Es el mes de las ofrendas, no al corazón sagrado sino a los crucifijos, no al Nazareno que predica en la montaña sino al Cristo enclavado y lleno de espinas. Tiempo de cantarle a la Virgen las letanías:

Rosa mística

ora pro nobis.

Torre burnia

ora pro nobis.

Stella matutinam

ora pro nobis.

Refugium peccatorum

ora pro nobis.

Y el de renovar la devoción a los santos de cada preferencia. Martirio era devota de Santa Rita, desde el momento en que su madre le entregó, antes de morir, la medalla que yo tengo ahora en mi poder. De las muchas mujeres que tiene el santoral cristiano, ella había elegido a Santa Rita de Casia, Patrona de lo Imposible, la más acorde con sus muchas necesidades. Bajo su advocación, en el pequeño altar familiar, ponía imágenes de las más diversas procedencias, lumbres, ramas de olivo de los muchos domingos de ramos por los que había pasado y testimonios recogidos a medida que los años transcurrían. Había allí muchas cosas, pero recuerdo especialmente una cajita con pelo de niño recién nacido, unos dienteceillos de leche, una cesta un poco echada a perder cuyos tientos había entreverado alguna vez con gusto su hermana y alguna figurilla de engrudo, de las primeras que me enseñó a hacer cuando lo compartíamos todo en ese sitio. Y junto a eso, la medalla de la Santa, de oro y nácar, única joya de la casa, que sacó para poner en mis manos el día que partí.

Linares, Milagro . Tama. Cfr. 83. Ediciones del Noroeste, Ciudad Benemérita de Tama, 1984

En Tama se acostumbra para Nochebuena vestir pesebres. Las viejas destinan una de las dos piezas que tienen para la guagua de Belén y el paisaje religioso se va armando ante los ojos asombrados de los niños, con harina, cenizas, carbonillas, gredas. Las figuras de arcilla que las manos crean durante el año, el trigo germinado, fresco para el Niño que ha nacido, y las anilinas, van y vienen desde los diestros dedos hasta la tela. Cuando todo está listo, salen a relucir los canastos repletos de frutas arrancadas a los patios. De esos canastos roban después los niños que salen a cantar en las pacotas y calle arriba, calle abajo, andan los villancicos desde la víspera del veinticuatro hasta los Santos inocentes.

La Virgen María

su pelo extendió,

formó una cadena

que al cielo llegó.

Las pajas del pesebre

Niño de Belén,

hoy son flores y rosas,

mañana serán hiel.

Después vuelven las camas a su sitio y el pesebre desarmado espera el año próximo sin que nada pase, hasta que llegue la Chaya.

Linares, Milagro . Tama. Cfr. 89. Ediciones del Noroeste, Ciudad Benemérita de Tama, 1984

Hermana Dora

¡Claro que recuerdo a Nicolás! Era un muchachito por aquel tiempo, muy jovencito era y muy desamparado. Nosotras lo albergamos en esta casa de las hermanas, a cambio de que nos hiciera algunas tareas y aquí se quedó hasta que murió Monseñor. Después..., bueno, después todos se desperdigaron, uno para aquí, otro para allá, las hermanas se fueron a otras diócesis, tratando de no molestar en ninguna parte, el vicario consiguió una beca en Roma y su papá también se fue, sabe Dios hacia dónde. La única que se quedó, contra viento y marea, esperando que pasara la tormenta, fue esta servidora. Sucede que aquí donde me ve, yo fui durante más de diez años la asistente personal de Monseñor; me ocupaba de casi todas sus cuestiones, desde la ropa hasta el dinero; él venía y me decía Dorita necesito tal cosa o tal otra y era yo la que consideraba si se podía o no. Así era él, un pan de Dios, como se dice, y a mí me daba una pena muy grande que un hombre así tan bueno, tuviera que pedirle a esta servidora unos pesos para sus necesidades y pequeños gustos...

Su papá era, como le digo, un joven de fe, claro que sí, alguien que estaba muy cerca de nosotros, así que yo pienso que en eso al menos, él no ha de haber cambiado..., tal vez por esa razón trabaja ahora en esa fundación sueca de la que me habla y se dedica a ayudar a los niños de África. Monseñor también lo apreciaba mucho a su papá, incluso hasta llegó a pensar que podía acercarlo al seminario para que siguiera ahí estudios religiosos, porque era un muchacho muy despierto y de gran corazón, muy solidario. Pero después, con las cosas que pasaron, ya nos olvidamos todos de todo, ya nadie pensó en otra cosa más que en rezar calladita la boca y salvar el pellejo. Ese día que le menciono, el último día que vi a Monseñor, su papá estaba conmigo, aquí mismo; yo le puse como otras veces unos billetes en el maletín donde tenía la carpeta con los comprobantes, una carpeta que Monseñor iba armando sobre las muertes del laico Wenceslao y los padres Gabriel y Carlos de Dios porque se había propuesto investigar los asesinatos por su propia cuenta, para llevarle todo a Su Santidad. Tanto de ida como de regreso esa última vez viajó con el padre Aído que se salvó milagrosamente; en algún momento estuvieron por llevarlo también a Nicolás para que los ayudara en algunas diligencias, pero por fortuna decidieron que no, que mejor se quedara aquí con nosotras para colaborar en nuestros quehaceres... o quién sabe, tal vez Monseñor pensó que su papá era demasiado joven para correr riesgos. Sabemos que el viaje de ida y la estadía en lo de las hermanas transcurrieron sin inconvenientes, me llamó por teléfono dos veces y su voz sonaba normal. Salieron después de almorzar, las hermanas nos dijeron que como a las dos de la tarde, y sabemos que Monseñor llevaba con él la carpeta con el memo de la pastoral para que el Papa supiera lo que estaba pasando aquí con los curas y las monjas. Antes de salir, el padre Aído fue a una estación de servicio, puso aire en las gomas, controló el aceite y el agua y, según

dijo, la camioneta estaba en perfecto estado. Salieron por la ruta vieja para tomar el camino que viene hacia Tama; según me comentó el padre meses después, cuando se repuso del accidente, no habrían hecho un kilómetro cuando Monseñor se detuvo..., sí, sí, manejaba él, manejaba muy bien..., se detuvo, sacó la carpeta del maletín y la escondió debajo del asiento. Hasta el mojón del kilómetro 1.000 anduvieron sin problemas. Pasando Punta de Los Llanos, hay unas hondonadas y después una recta larga, dice el padre que venían hablando de cuestiones de la diócesis, cuando ven que un Peugeot les obstruye el paso y los encierra, y después ese ruido seco, la estampida y el pobre Aído ya no pudo recordar otra cosa que ese estallido como un balazo en la bajada larga, antes de Patquía... Un golpe seco y la camioneta se salió del asfalto y volcó. Monseñor murió enseguida y el padre Aído quedó inconsciente, muy lastimado pero vivo, quién sabe por qué milagro. Cuando su papá se enteró de la desgracia, lo recuerdo como si fuera hoy mismo, salió como un loco; se trepó al auto de unos feligreses y ya ni sé cómo, llegó hasta el lugar del accidente. Fue él quien me dijo que el cuerpo de Monseñor estaba en el suelo, con los brazos en cruz y la vestimenta prolija y que eso le llamó la atención y también me confió que alguien le había dicho por lo bajo que el vuelco no pudo producirse por un reventón, porque la rotura de la cubierta era pequeña, como un orificio de proyectil.

Cuando recuperó la conciencia, el padre Aído me dijo que estaba seguro de que Monseñor había sacado la carpeta del maletín y la había puesto debajo del asiento, pero en el accidente la carpeta no apareció por ninguna parte. Nadie supo decir nada hasta que un laico de la Capital que trabajaba para nosotros nos hizo saber que pocos días más tarde llegaron a la casa de gobierno unos papeles confidenciales dirigidos al ministro, enviados desde aquí, desde la guarnición militar... Aquel día yo le había puesto a Monseñor un dinero entre las camisas y sotanas y después, cuando se iba, me animé a pedirle que no volviera solo, que me hiciera caso, porque a veces él era, ¿cómo decirle?, un poco obcecado y no se cuidaba, está visto que no se cuidaba; y él me dijo, me acuerdo como si fuera hoy, *¿Y si no vuelvo, Dorita?* Después supe que el día de su muerte, poco antes de salir de allá, cuando almorzaban en la casa de las hermanas, la hermana Úrsula, que era la que tenía más confianza con él, le manifestó preocupación, pero él le contestó que sabía perfectamente el peligro que corría. La hermana Úrsula me dijo que aquel día le pidió que se fuera del país, que se fuera a Perú donde había por ese tiempo un encuentro de obispos latinoamericanos, pero él le contestó que un pastor no abandona a sus ovejas, ¿usted puede creer? Sabía que lo iban a matar, él lo sabía, por eso me respondió aquella vez *¿Y si no vuelvo?*, y por eso dibujó en casa de las hermanas aquella espiral y se puso él mismo en el centro y les dijo también a ellas que el círculo se estaba cerrando... En fin, que nosotras teníamos mucho miedo por su vida porque había recibido amenazas, le prohibieron pasar por radio la misa de ocho, cosas así..., pero él siempre nos dijo que su voluntad era documentar todo, que nadie ni nada iba a moverlo de ahí, que iba a hacer una investigación personal, recabar testimonios para presentar todo ante el Vaticano. *Es una espiral que se va cerrando, Dorita*, me decía... me acuerdo como si fuera hoy... Su papá y yo lo

despedimos en la puerta de esta casa, codo con codo, temblando, los dos..., su papá también le pidió que se cuidara, porque lo había tomado como su padre, pero él nos decía que nos quedáramos tranquilos, que sabía lo que hacía. Cada vez que me vienen esas frases a la memoria, me viene también como un puñal en el pecho. Las hermanas de allá, la hermana Úrsula y la hermana María Luisa, lo cuidaban mucho, igual que nosotras aquí, las dos eran muy queridas nuestras porque habían vivido con nosotras en Cañada y habían recibido persecución de la Triple A, papeles con el dibujo de una calavera, cosas de aquella época...

El día del velatorio recibimos varios llamados, siempre la misma voz, un hombre que requería la presencia de un sacerdote para decirle algo importante y daba como lugar de encuentro el último confesionario de la catedral. A falta de sacerdote y acongojada como estaba, mandé a su papá hasta el confesionario, y él fue y encontró un papel con unas amenazas... Es que, como dice la hermana Úrsula, la muerte de Monseñor no fue un hecho aislado... En cuanto a su papá, pobre, recuerdo que en aquel tiempo y con todos los problemas que teníamos, estaba preocupado por una mancha que tenía en el brazo, un lunar gordo y lleno de pelos; quería sacárselo. Yo le aconsejaba que usara camisas de mangas largas, pero no lo satisfacía, no le gustaba ni un poco tener esa mancha..., no sé qué habrá hecho con eso; ahora que vive en Europa, tal vez se la haya quitado con algún sistema. Lo cierto es que estaba muy acongojado con esa mancha de nacimiento, uno de esos lunares que la gente cree que vienen por antojos de la madre; quería borrarla no recuerdo si con rayos o con un injerto, esas cosas decía y a mí, con todos los problemas que teníamos, me sacaba de quicio, pero Monseñor consideraba que teníamos que comprenderlo, que era un muchachito y como le había pasado todo ese asunto con los padres adoptivos, nosotros aquí lo protegíamos... Fuera de esto que le digo, su papá era un muchacho preocupado siempre por las otras personas y era también muy despierto; conversaba a veces por las noches con Monseñor, después de la cena, sobre la cuestión de las tierras en la que se habían involucrado los curitas muertos porque, si mal no recuerdo, Nicolás se había criado justamente en la zona donde les quitaron los campos a gente de condición humilde, intentaron echarlos por la fuerza, el ingeniero Lilican y un coronel de la guarnición militar estaban en ese asunto...

En la noche de ese día, cuando ya todos nos habíamos enterado de la desgracia, los fieles empezaron a llegar a la Catedral para esperar los restos, y entonces llegaron también muchos agentes policiales, trataban de impedir que nos congregáramos, querían que la gente se retirara, pero nadie les hizo caso... Después ya no pudimos hablar de lo sucedido, ni del accidente, ni de la documentación que no aparecía por ninguna parte. Nosotras le llevamos la queja a nuestra Madre Superiora y ella le llevó la queja al Cardenal, pero no tuvimos repercusión en nuestras solicitudes; por más que le rezamos a la Virgen hasta cansarnos, no obtuvimos resultado en nuestros ruegos, no daban crédito a lo que decíamos. Hasta que se apersonó en la casa de las hermanas el Cardenal, él mismo por sus propios medios. Apareció con su secretario

y con otro padre del obispado y así como así, dijo que quería saber lo que pensábamos nosotras sobre el accidente, y después de muchas vueltas, charla que te charla y blin y blan, terminó diciendo que las hermanas teníamos que acabar con ese asunto, que lo pasado pisado. *Aquí no se habla más de Monseñor*, dijo, *muerto el perro se acabó la rabia*. Eso nos dijo, ¿puede creerlo? Y cuando la Madre Superiora le respondió que las hermanas estábamos muy tristes porque Monseñor había sido nuestro padre espiritual y nuestro amigo, el Cardenal contestó que Su Santidad mandaba a decir que no se hablara más del asunto y que Su Santidad era, como bien sabíamos, infalible.

¿Cómo fue que entramos al convento? Mi hermana de sangre y congregación, la hermana Delia, y yo, quedamos huérfanas de padre y madre cuando éramos muy niñas, y así fue que entramos al colegio de las mercedarias para hacer nuestros estudios y para que nos cuidaran allí las monjas, y así fue también que nos fuimos quedando las dos ahí, casi sin pensarlo, y de muy jóvenes hicimos ya los votos y después resultó que ahí estábamos y, como le digo, sucedió que nos quedamos... En cuanto a su papá, había estado con las hermanas de Patquía un breve tiempo, no sé si días o meses, cuando era una criatura, hasta que lo llevó en adopción una familia muy cristiana que por entonces ayudaba en la parroquia y fue por eso que más adelante, cuando tuvo problemas con los padres adoptivos, las monjitas de allá, para que no se perdiera de la cabeza ni anduviera a los tumbos, lo mandaron a acompañar a Monseñor en sus quehaceres, hasta que se le solucionaran los problemas... Así fue que se quedó con nosotros hasta que sucedió el accidente aquel con el que quisieron tapar el asesinato de... Después cada uno se fue para su lado, intentando salvar el pellejo, porque no se trataba de estos tiempos sino de aquellos, en los que, créame, no se podía abrir la boca... Las hermanas se fueron buscando cada una un sitio donde no molestar, el vicario se fue a Roma y su papá desapareció del mapa ya ni sé cómo, tanto que por mucho tiempo no supimos si había escapado con éxito o con desventura porque no apareció por ninguna parte ni nos llegó ninguna noticia, pero por lo que usted me dice, la Virgen debe haberlo guiado noche y día con su luz. ¿Quiere otra taza de té? Sírvase una rosquilla, las hacemos en este retiro las hermanas, sírvase por favor... Pero ¿qué me dice?, ¿que no lo conoce a su papá?, ¿que es su papá y no lo conoce?, ¿que nunca le ha visto esa mancha en el brazo ni lo ha visto tampoco a él...? Bueno, bueno..., no se ponga así..., paciencia..., no llore, hija mía, no llore... no llore más, tome por favor este poquito de agua... La vida es un misterio que sólo el Señor conoce, hija, porque usted se parece mucho a Nicolás, en los rasgos y en los gestos... Es que eso de vivir o no vivir juntos no tiene nada que ver, lo importante es que usted parece tener los modos y las convicciones de él y eso ha de ser, sin duda, por gracia de Nuestra Señora la Virgen. ¿Se siente mejor...? Sí, sí... Entré al convento cuando era todavía una criatura y pasado un tiempo, cuando me di cuenta de lo definitivo de mis votos, cuando ya nada había para hacer, me enfadé mucho con Dios y con mi madre, cristiana por demás. Iba al pie de la cruz y le decía a Cristo Nuestro Señor que quería salir de esta prisión, estaba arrepentida, muy enfadada estaba; y después me quedaba por varios días con una cosa que me apretaba acá en el pecho, hasta que

iba otra vez ante el Altísimo y le pedía perdón, le decía *Está bien, ganaste, por esta vez ganaste*. Por eso nosotras ya no aceptamos niñas en la congregación, no queremos novicias menores de edad, ya no más eso, las chicas primero deben crecer y hacer su experiencia, para poder decidir con libertad. Por eso, porque era todavía una niña, yo me enojaba, para serle sincera, con el alma de mi difunta madre que, sabiendo que iba a morir, nos dejó al cuidado de las monjitas de mi pueblo... Pasa que éramos dos hermanas de sangre, la hermana Delia y yo, y fuimos a quedar huérfanas cuando éramos muy pequeñas y entonces fue que nos pusieron en aquella escuela y después, de tanto estar ahí, entramos al convento y ya nos quedamos... Pero, volviendo a lo que le comentaba, ya antes de todo aquello que tuvimos que pasar con Monseñor, en Cañada las hermanas habíamos tenido problemas con el obispado, porque llegamos y al poco tiempo aparecieron muertos dos sacerdotes de la zona y otros dos aquí en el Norte y enseguida nomás sucedió que lo dejaron sin dar misa al párroco. Nosotras hicimos nuestros reclamos y nuestras quejas y a raíz de eso el Obispo mandó llamar a la Madre Superiora y le prohibió que cobijáramos al padre en la casa de retiro. *El padre es nuestro amigo y a un amigo no se le cierra la puerta*, dijo la Madre Superiora, pero el Obispo contestó que no se trataba de amigos ni de nada sino de lo que decidieran los consejeros, así que le tuvimos que decir al párroco que ya no podíamos albergarlo. Yo solía hablarle de estas cosas a su papá, mientras hacíamos nuestras labores, porque me ocupaba de las cuestiones personales de Monseñor, la atención de la ropa, el planchado en almidón de las carpetas del altar y el registro de misas y bautismos en el libro de entrada, a todo eso lo hacía yo, pero ya de la limpieza de las imágenes y de las cosas que se rompían en la casa parroquial o en la iglesia se ocupaba su papá que, aunque era muy jovencito, era muy habilidoso... Así que yo andaba *Nicolás para acá, Nicolás para allá* y si Monseñor me lo retiraba para darle otros mandados, a mí era como si me cortaran los brazos... ¡Ay, Julieta, tantos recuerdos me trae su visita! ¡Tantas cosas que hemos vivido con su papá, en ese tiempo tan breve que compartimos! Él no podía comprender que también en la iglesia, entre religiosos, pudiera haber maldad, eso lo desesperaba, pero yo trataba de decirle que en la iglesia, como en todas partes, hay de todo; somos humanos y nada de lo humano nos es ajeno, de modo que hay que aprender a ver, en cada rincón de este mundo donde el Altísimo nos ponga a hacer nuestra labor de cada día, quiénes están con Dios y quiénes no.

Después de todo lo que hablamos ayer y esta mañana, podría decir que Monseñor, el padre Albeiro, el padre Carlos de Dios y el padre Gabriel son nuestros mártires, Julieta, ellos estaban como nosotras, las hermanas, en las comunidades cristianas de base y resultó que los mataron. Fue por el año setenta y seis, por eso nosotras hemos estado todo este tiempo en vigilia, viejas como somos, noche tras noche, esperando el fallo de los jueces; es que, como le digo, Monseñor había ido a investigar por las suyas quiénes y por que razón habían asesinado al laico y a los padres Gabriel y Carlos de Dios y regresaba a Tama con una carpeta con documentos. En cuanto a su papá, unos días después de las exequias desapareció y ya nada supimos, nada de nada hasta ahora que usted llega, tantos años después de aquel día, y me cuenta lo

sucedido. No sé si alguna vez su papá le habrá hablado de estas cosas, tal vez le contó algo por teléfono... Pienso que algo le ha de haber dicho porque de otro modo usted no estaría hoy aquí conversando conmigo... De modo que su papá está en Suecia, en la zona norte, en Vestrobotnia... No puedo imaginarme siquiera aquellas regiones heladas, pero me dice que trabaja por los desamparados de África y que por esa razón viaja con frecuencia a Niger. ¡Qué alegría me da eso, Julieta! Una felicidad saber que trabaja en una organización vinculada al Foro del Tercer Mundo, saber que su papá no está lejos de aquella opción por los pobres que en su momento intentamos enseñarle aquí nosotros...

Entró y se encontró con esa sala enorme y con ese hombre viejo, gordo y calvo al que un chaleco de casimir le tapaba, pese al calor de la siesta, el vientre. Cuando se dio cuenta de cómo la miraba, turbada dio media vuelta para irse, pero él le ordenó que no se moviera y mandó a la sirvienta a los traseros de la casa. Lo que vino después fue dejarse tocar por esa mano vieja y perfumada y sentir el semen chorreándole en las piernas por primera vez. Cuando él se recompuso, se dejó caer desbraguetado sobre la pana del sillón. Ella se alisó el vestido sin saber si debía irse o quedarse, hasta que empezó a caminar hacia la puerta. Él no la detuvo, sólo preguntó los años que tenía.

—Voy para catorce —dijo ella.

Él había pasado su niñez en Tama y la tarde en que mi tía lo conoció era ya un hombre viejo que tenía a sus hijos instalados en la capital, en las comodidades de una profesión floreciente. Su madre provenía de una familia de la aristocracia local que merced a los malos casamientos de sus mujeres había perdido la fortuna, de modo que acabó por realizar ella misma los quehaceres de la casa. Pero algo de aquellas glorias perdidas debe haberle insuflado a su hijo único porque éste partió pronto a la metrópoli a la sombra de unos parientes ricos y ya no dejó de ascender hasta que recuperó con creces lo que habían logrado sus antepasados. En la ciudad se recibió de abogado, se hizo famoso en su profesión e incursionó con éxito en la política. Su historia personal se entrecruzó varias veces con la historia del país; había nacido en los tiempos de la guerra contra el Paraguay y estaba en su madurez cuando el roquismo, con cuya política acordaba, se instaló en el poder. Desde entonces ocupó varios cargos subalternos en otras tantas administraciones conservadoras, se casó con una dama de la sociedad porteña y asesoró desde su buffet de abogado a las más importantes empresas nacionales. En esos tiempos viajó a Londres por negocios, se vinculó con la compañía minera que acababa de comprar la explotación de oro y plata del Nevado y se transformó en su representante. Por esa razón visitó durante años el pueblo en que nació hasta que se radicó definitivamente, primero como una convalecencia del cuerpo y del alma y después para el contralor de la mina, con un celo maléfico que se prolongó hasta su muerte. Sus ideas eran las de casi todos los hombres públicos de su tiempo. Le gustaba decir que el capital es como la sensitiva, que una vez que le hiere la mala fe, cierra con doble nudo la boca de las talegas, y no ocultaba su satisfacción porque los ingleses hubieran llegado a esta tierra donde los hombres duermen el sueño de la desidia. Esas y otras expresiones aparecieron en su *Historia de un país del sur*, que alcanzó gran difusión hasta que la denostaron los revisionistas, y se repitieron una y otra vez en los informes que envió a la compañía para la que estaba conchabado.

Linares, Milagro . Tama. Cfr. 99. Ediciones del Noroeste, Ciudad Benemérita de Tama, 1984

Dicen que han visto en el boquete del cerro que está pasando La Puntilla, como quien va a la mina por el camino viejo, a los culpables de que a Tama la hayan maldecido. Que han dejado sus risas grabadas en la ebonita del cerro y que si uno ingresa a esos senderos, puede escuchar las risas de la Salamanca, porque a ese hoyo del diablo fueron invitados mister Lilican con el látigo y las botas, el Comandante con sus mujeres, la del ojo aguado y la del perro con el animal auestas, el dueño del bar El Maharajá, lleno de andrajos como cuando era un hombre del pueblo y no había recibido los halagos del dinero, y el Doctor con su bastón y su monóculo. Y salieron bailando una música de mandingas, un chanco con botas y con látigo, unos perros hambrientos, una lechuza con monóculo y un caballo...

Linares, Milagro . Tama. Cfr. 101. Ediciones del Noroeste, Ciudad Benemérita de Tama, 1984

La Rubia

¿Quién te dio mi número, querida?, ¿lo buscaste en la guía? ¿Y cómo sabías mi nombre...? Ah..., comentarios que una vez te hizo tu papá por teléfono, mirá vos. Yo hubiera jurado que él no se acordaba de nada ni de nadie, ¡como nunca llamó ni para decir gracias...! Cuando te escuché hablar, lo primero que pensé fue que eras hija de un hermano de Clivia que vive en California; me pareció... porque tenés la voz de una persona de otra parte, de alguien que vive en otro país... No imaginé que fueras hija de Nicolás, ¡jamás se me hubiera ocurrido! Es que Clivia nunca supo, nosotras nunca supimos, que él tenía una hija... De haberlo sabido..., bueno, pero de nada sirve imaginar cómo hubieran sido las cosas. ¿Así que viniste porque querés saber cómo fue que mi amiga adoptó a tu papá...? ¿Y qué más te interesa saber...? No, no te preocupes, yo no voy a dorarte la píldora, no es mi estilo, yo soy de decir lo que pienso, directo, a los bifos, así que... veamos nomás por dónde empezar. A tu papá lo criaron mis amigos, como a hijo de rico lo criaron; en lo que se equivocaron fue en no decirle que era adoptado, en cuanto a lo demás, lo acunaron como a un príncipe, no sé para qué, porque el muy desagradecido se fue un día sin decirles ni mu. Después Clivia tuvo la desgracia de enfermarse y entonces Ramón la dejó para irse con una chiruza; pero, más allá de eso, los dos fueron verdaderos padres, padres del corazón, y lo quisieron con el alma a ese ingrato que bien malcriado era. En cuanto al padre de sangre, no sé quién habrá sido, pero sí sé que nunca nadie lo reconoció ni nada; según creo al hombre lo mataron... Lo cierto es que tu papá un buen día se transformó, de hoy para mañana se volvió rebelde y desconsiderado y terminó yéndose con unos curas que le llenaron la cabeza con cosas raras... Sé que es hijo de una mujer que vivía en Tama, que lo habría tenido allá por el cincuenta y dos..., alguien me dijo una vez que tiene que haber nacido después que murió la Eva, que si esa hubiera estado viva la madre no hubiera tenido que dejar al hijo porque con sólo escribirle una carta las cosas se le hubieran solucionado... Pero yo no creo que sean así las cosas, querida..., antes y ahora cada cual se las pela como puede... Lo cierto es que el chico tenía unas seis o siete semanas, no creo que más, cuando Clivia lo consiguió. Lo más extraño es que antes de que él supiera que le habían mentido, tenía sueños, hablaba de una mujer así y asá, parecía que estuviera hablando de la madre, pero era imposible que se acordara de ella porque no la había visto nunca, salvo cuando era recién nacido. Igual soñaba con una mujer y unos perros y un rancho, en fin, esas cosas para las que no se sabe si hay un destino o un ángel o un demonio que le dice a uno... Sí, la buscó a la madre, claro que la buscó, parece que primero la mujer admitió que era ella y después dijo que se trataba de una confusión, ¡mirá si una madre se va a confundir en semejante cosa! De todas maneras, él supo y lo supimos también nosotras que tanto esa tal Nicolasa como otra de la que él sospechaba, tuvieron un hijo y lo dejaron por ahí, vaya a saber por qué razón, tal vez nomás porque son

personas que no progresan, viven un poco como animales... abandonaron a los hijos sin que les importara un pepino hasta que alguien llevó a Nicolás a lo de las monjas y las monjas se lo dieron a Clivia y por eso es que no sé yo, ni supo ella, si el chico era hijo de una o de la otra o de quién sabe quién. Pero hay algo más, parece que las dos mujeres eran parientes, del mismo pédigre, un pédigre que te la voglio dire y, como bien dice el dicho, de tal palo tal astilla..., así que no hubo modo de que Nicolás saliera bueno, que es lo que pasa muchas veces con estos chicos adoptados.

Según me dijo Clivia, ellos habían estado buscando desde hacía tiempo un hijo; finalmente ella se embarazó pero tuvo una pérdida y después una infección y la vaciaron, así que, cuando las monjas le ofrecieron esa criatura, la situación que se dio, si bien no era la ideal... Ramón le puso algunas condiciones, porque la que no podía tener hijos era ella, ¡ya sabes cómo son los hombres! Lo cierto es que él le planteó que si iba a ser el padre, lo tenía que ser por completo y que todo el resto tenía que desaparecer, entonces nada de decirle al chico que era adoptado, o era el hijo hijo o si no, nada, y fue eso lo que terminó de decidir las cosas. Nunca le dijeron la verdad y Nicolás se crió muy frescamente, hasta que, cuando tenía diez, doce años, jugando con unos amigos, uno de ellos le largó todo el rollo y ahí se armó el lío, ¡flor de tole tole se armó!

¿Querés tomar algo?, ¿un vaso de jugo?, ¿un café? Te preparo un café... ¡Han pasado tantos años de todo esto...! imaginate, nosotras nos conocimos cuando yo tenía treinta y Clivia treinta y dos. Un domingo. Yo estaba ahí afuera, en el jardín, y ella se acercó con un chico de brazos... yo ni siquiera sabía quién era ella, porque soy de un pueblo de La Pampa, me crié entre gringos y no me llevo mucho con los criollos, así que apenas si cruzaba con algunas mujeres de acá unas palabras en el almacén, pero hablar lo que se dice hablar, no hablaba con nadie. Por eso cuando Clivia se acercó y me comentó esto que te digo, con el chico en brazos, apoyada en el pilar de esta casa, me quedé pensando que la pobre estaba mal de la cabeza... La hice pasar y le seguí un poco la corriente, y ella me empezó a hablar de su vida y del chico que acababa de conseguir, y entonces me dice que el chico viene de Tama y que la madre lo vendió porque era hijo de un fulano que se había aprovechado de ella. En aquel tiempo todavía vivía mi marido, pero esa tarde estaba haciendo adicionales, mi marido era cabo aquí en Patquía, por eso cuando murió yo conseguí trabajo en el destacamento policial y ahí estuve hasta que me jubilé. El asunto es que aquella tarde, hablando hasta por los codos, terminamos haciéndonos amigas y eso se acrecentó cuando enviudé... No, mi marido no murió en servicio, querida, fue un infarto, treinta y cinco años... sabrá Dios por qué hace lo que hace. Bueno, pero volviendo a lo que te decía, cuando enviudé, Clivia y Ramón me ayudaron, fueron muy buenos conmigo, por eso nosotras seguimos siendo amigas, hasta que ella se fue de este mundo... Fue la mejor amiga que tuve... y puedo asegurarte que ella lo quiso a tu papá como si fuera la madre; dejó trabajo, dejó todo para dedicarse a él. Lo único que hizo mal fue no decirle que era adoptado. Lo anotaron como hijo de ellos y lo criaron como si el chico hubiera sido de los dos..., eso pienso que estuvo mal, porque la mentira tiene patas cortas y antes o después

las cosas terminan por saberse. O será que yo soy muy práctica, muy directa, y voy siempre al grano... Le aconsejé muchas veces que le dijera las cosas de una buena vez, que por más que Ramón no quisiera, ella tenía que ponerle el pecho a esa papa caliente, pero se ve que no se animaba, pobre, y, dicho y hecho, terminó pasando lo que pasó... porque nunca falta quien salga a decir lo que no le incumbe. Tengo que reconocer que ella tuvo su parte en el asunto, porque dejó que el chico se criara con esa bomba de tiempo; como te digo, los dos fueron dejando todo para más adelante, dale que va, ella y Ramón, que los años pasaran sin decir esta boca es mía. Lo anotaron como hijo propio y cada vez que Nicolás preguntaba cómo había nacido, le andaban con evasivas. La otra cuestión es que el chico no se parecía en nada ni a ella ni a Ramón, porque era bien morochito, pero ellos insistieron en que una abuela de la abuela era india y que, por lo que se veía, eso había aparecido en los genes; una locura, como te podrás imaginar, pero así se fueron dando las cosas. Lo cierto es que un mal día la bomba les reventó en la mano... Ella quiso arreglar el lío, pero ya no hubo caso, tu papá estaba furioso, dijo que le habían mentido y que no podía perdonarlos... Se fue de la casa y empezó a rodar, anduvo dale que va por todos los pueblos de este mundo buscando a esa gente que lo había tirado como a un perro. No sé finalmente si pudo saber cuál era la madre que tanto buscaba ni quién era el padre, pero lo que sí sé es que se metió en unos buenos líos con cuestiones de la política de aquel tiempo... Andaba de aquí para allá con la cantinela del hijo engañado y ya no quiso regresar a ver a su madre, ni siquiera cuando yo se lo pedí porque ella no estaba bien, nada bien estaba. De ningún modo quiso verla, así que Clivia murió, pobrecita, con el nombre de tu padre en la boca... Lo que más lo enojó fue una carta. Cuando encontró esa carta, quiso ver la partida de nacimiento y resultó que figuraba como hijo de Clivia Cantoni y Ramón Corso, con fecha falsa y firma de una partera que trabajaba en el dispensario. También estaba mi firma y la de mi marido, como testigos... Sintió que todos nos habíamos puesto de acuerdo para ocultarle la verdad y eso lo enojó más todavía, así que se fue de la casa, a la buena de Dios. Primero anduvo por Tama tratando de saber quién era la madre y después se metió con unos curas comunistas que terminaron de arruinarle la cabeza porque le metieron unas ideas que no le trajeron otra cosa que problemas...

¿Fumás?, ¿te armo un cigarrito?, ¿nunca fumaste? Yo de joven fumaba mucho, ahora sólo de vez en cuando me gusta armarme un pitillo. Cuando tu papá se fue de aquí, alguien nos dijo que se había metido en líos y tiempo después Clivia recibió unas llamadas, un hombre hablaba de parte de él, pedía que lo ayudáramos... decía que Nicolás estaba refugiado en una casa y que necesitaba contactarse con alguien de la familia, pero todo era tan arrevesado que ni Clivia ni yo estuvimos seguras de que fuera cierto. Hablamos de eso muchas veces las dos, la última cuando ella estaba grave. Me sacaba el tema porque le habían quedado dudas, pensaba que tal vez el hombre había dicho la verdad y ella se había negado a ayudar a su hijo, buscaba alguna señal, porque hasta que se fue de este mundo, estuvo esperando que él la perdonara. Me sacaba el tema y juntas tratábamos de adivinar si lo que nos había dicho aquel hombre era verdad o era una trampa. Después, con los

años, ya cuando ella no estaba, me fueron llegando diferentes noticias acerca de lo que Nicolás hizo o estaba por hacer... Ya sabés, querida, la gente habla, muchas veces por el gusto de hablar, y cada uno agrega a lo que escucha un poco de su cosecha. Algunos me dijeron que había entrado en la guerrilla, cosa que no me extrañaría, ¡en absoluto!, y que lo habían capturado, pero otros dicen que él no tuvo nada que ver, que la que estaba en líos era una chica con la que él novió, que era ella la que lo había comprometido. En fin... cada uno cuenta las cosas como le viene en ganas... Además, la memoria es algo extraño, también está eso, no hay que olvidarlo; yo misma, a pesar del esfuerzo que hago por contarte todo tal cual fue, a veces tengo mis lagunas, las historias se me mezclan unas con otras... Pero así y todo, no recuerdo absolutamente nada sobre ninguna hija, eso te lo puedo asegurar. Nosotras nunca supimos de tu existencia, ni Clelia ni yo, ni tampoco supimos que él se hubiera casado...

Un día llegó de la escuela y dijo que los compañeros le habían gritado *¡Adoptado!, ¡adoptado!*, con esa crueldad que tienen a veces los chicos, y claro, él quería saber si era verdad. Ramón se enojó con él, le dijo que eso no se preguntaba, que era algo que decían por hacerle daño y no sé cuántas otras estupideces por el estilo y así se reprimió la situación, en lugar de aprovechar el momento, que venía como anillo al dedo para sincerarse. La cuestión es que dejó de preguntar por un tiempo. Pero después, cuando tenía ya catorce o quince años, un amigo volvió a decirle algo parecido y entonces sí, él era un poco más grande y empezó a hacer preguntas y dale que dale a la matraca, no acababa con el asunto. O sea que yo creo que se fue dando cuenta de a poco: primero pensó en la madre y por esa razón anduvo por Tama, iba y venía viendo si encontraba a la mujer; después empezó a pensar también en el padre y se dedicó a buscar de dónde provenía el fulano, como si alguna vez le hubiera dado algo, ¡como si le debiera un pedazo de pan! Les echaba la culpa a los Corso por haberle mentado, era muy duro con ellos, de eso sí me acuerdo, los reclamos que les hacía y las peleas tremendas... También por ese tiempo encontró esa carta que hablaba de él y fue para peor, imaginate... No acabó hasta que supo cómo habían sido realmente las cosas.

De chico tenía pesadillas, soñaba con unos perros que lo atacaban en medio del campo, cosas así, y resulta que al parecer todo tenía que ver con esto de ser adoptado, según le dijo a Clivia un médico del dispensario. El médico le explicó que se trataba de recuerdos, aunque a mí siempre me pareció imposible que un chico recordara cosas de sus primeros días o meses, pero al parecer así fue; creer o reventar, como quien dice. De cualquier modo, aunque para los Corso fue muy difícil aguantarse todo el lío, pienso que para Nicolás fue un alivio conocer la verdad porque a partir de ese momento empezó a atar cabos; no había pensado que podía tener otra familia, parientes que no conocía, personas que podría haberse cruzado en cualquier parte, alguna chica bonita que fuera tal vez hermana, esas cosas... Lo cierto es que se plantó, dijo que iba a buscar a sus padres, que los iba a buscar hasta saber de dónde provenía... Lo que jamás se imaginó fue que se iba a dar con que lo negaban. Yo no sé qué se le habrá pasado por la cabeza al

pobre, ¡tal vez pensó que lo estarían esperando con los brazos abiertos!... Clivia quiso ayudarlo; se lo rogó, pobrecita, pero él ya se había enojado para siempre. No entendía por qué la madre o el padre nunca lo habían buscado. Encima en algún momento alguien le dijo que la madre había intentado comprarlo otra vez cuando se le acomodaron un poco las cosas y que Clivia no había querido saber nada con devolvérselo... No sé si habrá sido así o no, pero lo cierto es que él se hizo, me parece, ilusión de que no lo hubieran abandonado por propia voluntad, sino por necesidad, que lo hubieran dejado en lo de las monjas por un tiempo, para recogerlo más adelante... Quién sabe cómo habrán sido las cosas, porque cada uno habla de la feria según le va en la feria y sobre este asunto de Nicolás se han contado infinidad de cuentos. Lo cierto es que investigando eso, él descubrió otros asuntos, según me dijo una de las veces que yo intenté mediar para que perdonara a Clivia. Incluso, ahora que recuerdo, en algún momento quiso arreglar sus papeles para desadoptarse, quería dejar de ser Corso, sacarse el nombre y el apellido como quien se quita una mancha, pero después parece que era muy complicado el asunto, porque como usted sabe no es cuestión nomás de poner o sacar... No sé qué habrá hecho finalmente, lo que sí sé es que un buen día desapareció de nuestras vidas y ya no volvimos a verlo. Clivia sufrió mucho, porque encima Ramón se enojó con ella por esto de que ella había querido un día adoptar al chico, le dijo que todos esos hijos malhabidos eran unos desagradecidos, y terminó por irse de la casa también él. Se fue tras una mujer mucho más joven, una chiruza, así que a mi amiga se le fue el hijo y también se le fue el marido, y se quedó sola, con ese cáncer que se la llevaba, sin otra ayuda que la mía, de mal en peor, hasta que murió... Murió con el nombre de tu papá en la boca, como te digo, y eso a mí me partía el alma.

Una vez alguien, ya no recuerdo quién, me dijo que Nicolás siguió teniendo esos arranques de cuando era jovencito, que cualquier cosa que no le gustaba amenazaba con irse, y que así siguió en la vida, de un lado para el otro... No sé si será así pero lo que es acá, se fue desde la casa de los padres a una sacristía, de una sacristía a un hospedaje y de un pueblo a otro pueblo, para el Norte y para el Sur... Sin rumbo ni cordura, ¡y así habrá seguido hasta llegar a Suecia...! Sí, ya lo creo, querida, coincido, se trataba de épocas complicadas, ¡cómo no!, ¡también para nosotros eran épocas complicadas! Pero siempre le pasaba lo mismo... desde que era chico yo le vi ese carácter inestable, gente que quiere una cosa y después otra y otra y otra y así va por la vida sin saber qué hacer... y apenas algo no les gusta plantan todo y se van, ni sabe una si al monte o al pueblo. La cuestión es que salimos a buscarlo como locos, de miedo a que hiciera alguna macana, pero después yo ya fui de la idea de que era mejor dejarlo a su aire porque así pasa muchas veces con los jóvenes... Bueno, los jóvenes y los no tan jóvenes porque, por lo que me decís, veo que no ha cambiado mucho tu padre, que sigue como maleta de loco, desde Suecia al África y desde el África a Suecia..., en vez de quedarse con su mujer y con su hija... ¿qué querés que te diga?, ¡a veces pienso que son excusas para vivir sin trabajar! Cosa de criollos, como sabía decir mi abuela... Porque ya no podemos hablar de pecados de juventud, ahora él es un hombre

grande... preocuparse por los pobres de África, con la cantidad de pobres que tenemos por acá...

¿Otro café?, ¿viste qué aroma tiene? Yo misma lo muelo en un molinillo que Clivia me regaló para un cumpleaños. ¡No hay nada que hacer, el café en granos, molido en casa, no se compara con nada! A mí me encanta el café, cuando vivía mi marido íbamos por las tardes a tomar café a la sede del club... ¡hace siglos de eso...! ¿Me preguntas si Clivia era bonita? No era linda, no, pero era muy llamativa, tenía nariz y boca grandes y unos ojos increíbles; incluso en el último tiempo, cuando estaba muy enferma, yo la miraba y en medio de los estragos de la enfermedad estaban esos ojos... ¿Nunca viste fotos de ella? Te voy a mostrar algunas... Los años que han pasado y todavía no puedo creer que no esté más... A veces se me da por pensar que imaginé estas penurias y eso que no soy muy propensa a imaginar..., por eso nunca hubiera podido escribir historias como hacés vos. ¿No estás escribiendo la biografía de Nicolás?, ¿y qué estás haciendo?, ¿estás nomás queriendo conocer la vida de tu papá?, ¿y por qué, mejor, no le preguntás a él?, ¿él no te ha contado su vida? ¡Ay, estos hombres..., no cuentan nada! ¿Y tu mamá...?, ah, discúlpame, disculpame, lo siento, no sabía que hubiera muerto, lo siento mucho, de verdad...

Cuando a Martirio no le dieron las manos ni las piernas para cuidar las muchas plantas del patio, fue una de mis tías quien conservó en buen estado los jazmines, las madreselvas, las trepadoras, los frutales del fondo, sin atreverse a cambiar de sitio un solo retoño por temor de que ella desconociera el rincón de sol o de sombra, la mano que lo cuidaba. Continuó enharinando las pasas, poniendo a secar sobre esterilla los aros de durazno, haciendo crepitar el dulce en las pailas, colando el membrillo, almacenando las nueces, recogiendo el chañar y las tunas, deshidratando los frutos de la tierra. Según me decía en sus cartas, todo permaneció en su sitio cuando Martirio dejó de moverse por la casa y aun cuando quedó en esa cama de sunchos donde había parido hijos a lo largo de toda la vida y, cuando llegaron los últimos días, fue ella quien me escribió diciendo que aprontara mis cosas para verla porque pedía por mí en sueños y en vigilia. De los muchos hijos que había echado al mundo, no le quedaba, ahora que necesitaba de una mano que retirara los orines o le tendiera unas mantas sobre el cuerpo, más que una de las hijas, una repetición suya en el amor y en los gestos. Ponía para hablar, para lanzar al aire dos palabras, toda la fuerza de que eran capaces sus pulmones. Para no someterla a indignidades, mi tía había aprendido a entenderle las intenciones de las manos y la mirada, y había reducido ella también las palabras a su expresión más concentrada. Por eso, se le deben haber estremecido hasta los huesos la tarde en que la vio arquear el pecho para decir:

—Pide a Milagro que venga.

Pero yo, que estaba por entonces metida en el fárrago de la vida joven, no supe comprender la necesidad que tenía de verme por última vez.

Mientras llegaron a mí noticias de esa tía, yo seguí de algún modo ligada a Tama. Hace unos años, recibí la última carta. Una esquila en la que me anunciaba que no volvería a escribir; que ahora que Martirio no estaba y ella empezaba a envejecer, no existía razón alguna para que yo siguiera ligada a ese pueblo de lástima. Fue después de esa actitud suya que sentí la necesidad de escribir sobre el pueblo y sobre todas ellas, lo que es decir sobre mí, en un intento de que no se me murieran del todo.

Linares, Milagro . Tama. Cfr. 135. Ediciones del Noroeste, Ciudad Benemérita de Tama, 1984

Rosa

Tal como ahora, en ese tiempo del que le hablo, los que talaban los montes provenían del llano, compraban aquí tierras por nada, miles de hectáreas por el precio de un rancho, cercaban los montes con siete tientos y se apropiaban de los campos. Pero antes de nosotros, antes de antes, en el tiempo en que mi padre era un niño, quienes se llevaban todo lo que había, como una maldición, no eran los del llano sino las langostas. Llegaban cubriendo el cielo, una nube que tapaba el sol y convertía el día en noche; venían viniendo desde quién sabe dónde, hasta el monte donde vivía mi padre. Como una nube era, una tormenta, pero no era tormenta, eran nomás langostas que se largaban en majadas por el aire hacia estos sitios. Llegaban y comían los montes, los sembrados y las huertas; talas, molles y espinillos, y la ropa en los roperos, y si se quedaba una quieta, capaz también la comían a una, porque eran miles..., millones eran, y llegaban, como le digo, desde quién sabe dónde. Por ese entonces, según solía decir mi padre, estaban, a raíz de eso mismo, los langosteros que curaban las plagas, un oficio que supo nacer para esas cuestiones y que ahora ya no hay. Los langosteros las detenían sin más, vaya una a saber cómo; en ocasiones las detenían ellos y caso contrario las detenía también el santo padre del pueblo de aquí cerca, el propio cura. Mi madre supo decirme que en su casa solían llamarlo al señor cura de entonces, el padre Visca Caviglia y que el padrecito llegaba hasta donde vivían, vestido como vestían antes los padres de la iglesia, con una capa negra que le azotaba el viento y un sombrero, para el sol sería según pienso, o quizás tal vez para que las mujeres no le tuvieran codicia y no tener que cometer pecado. Lo cierto es que llegaba y sacaba un Cristo que guardaba en los faldones y se disponía a esperar nomás que vinieran las langostas, mirando hacia el campo se disponía, y ahí se estaba las horas de las horas. *Vaya a preparar un yerbeado, madre*, decía el padre cura y mi abuela y mi madre allá se iban; se retiraban hacia adentro de la casa y él se quedaba ahí hasta que las langostas llegaban, y entonces las detenía con el Cristo y con los rezos y así de pronto las langostas nomás llegar caían muertas..., una montaña de langostas y entonces había que juntarlas y mezclarlas, para que engordaran un poco la tierra por lo menos.

Treinta años estuvo mi padre viviendo en aquellos montes, de puestero, sin cobrar ni un céntimo, trabajando de sol a sol por un rancho de prestado, un pedazo de pan y un techo sobre la cabeza. ¿Sabe usted cuántas cabras le hizo mi padre al patrón? Dos mil quinientas cabras, se lo juro por aquél que está arriba. Y todo eso para qué, para nada, sin paga, a cambio de estar nomás en el campo, saliendo de vez en vez. El campo en el que vivíamos queda camino a El Simbolar, hay que pasar por Potreritos, Caminiaga y Saladillo y después adentrarse más y más en el monte, hasta llegar. Es un monte de espinillos que avanza hacia adentro del salar; ahí estuvimos, como le digo, ahí vivíamos, mi padre y mi madre y todos nosotros, hasta que un día llegó el dueño y le dijo a mi

padre que se retirara. Pasa que vinieron unas lluvias que no eran propias de ahí, unos vendavales, y se formaron bañados y entonces ya teníamos que ir con las cabras a pastar hacia el secano y cierta vez, cuando nos regresamos después de una veraneada, ya no tuvimos lugar en el campo, el patrón no lo necesitaba más a mi padre y entonces dijo eso mismo, lo que le estoy diciendo, que ya no necesitaba de sus servicios, que no era menester que se quedara porque no hacía falta... y por eso fue que nos tuvimos que ir, porque estaba ya todo cercado. Siete tientos tenían esos cercos y no se podía entrar porque era propiedad privada... Pasa que llegaban los gringos desde el llano hasta el monte y compraban la tierra donde habían vivido nuestros tatas, la arrebataban de puro prepo o la compraban por nada, por el precio de un rancho, ponga por caso, un mar de tierra por lo que vale un rancho; y enseguida nomás comenzaban las labores, comerciaban espinillos, algarrobos y quebrachos. Talaban más de todo para leña, le pagaban al paisano unos pesos y talaban todito el monte; y ya cuando habían derrumbado todo ponían siembra para tierras salitrosas y como eso da mucho dinero, ya nosotros tuvimos que irnos de esos lugares. Así es como se vino abajo el monte, el mismo en el que había nacido mi padre y el padre de mi padre, y así es como nos sacaron de ahí y nos quedamos ya sin nada. Tuvimos que venir bajando hacia esta parte y en un descampado tirar unas lonas entre unos árboles y después, como no amainaba, migramos para otros lados...

Fue en ese descampado al que fuimos a parar, donde lo conocí a su papá, señorita, mientras tendíamos unas lonas y nos acomodábamos con nuestros enseres bajo los árboles. Él apenas si tendría un año más que yo y yo era por entonces poco más que una niña; estuvimos juntos, lo que se dice juntos, sólo una vez y fue el único hombre con el que estuve... Después él se marchó y yo ya me ocupé de otros menesteres, de mis padres más de todo, porque mis hermanos se fueron yendo cada uno a sus lugares, y mi padre y mi madre se enfermaron y yo me fui quedando sola. De modo que usted es su hija, que él la tuvo a usted... y ¿le dijo él alguna palabra sobre mí, sobre nosotros? ¿No?, ¿no le dijo nada él? ¿No es por información de su papá sino por Petrona Paula que usted ha llegado hasta aquí? ¿Tuvo otros hijos su papá? ¿Y está con su mamá él ahora? Ah, su mamá murió, cuánto lo siento..., y entonces quiere decir que él está solo ahora, sin mujer quiero decir... Ah, me dice que no estuvo casado con su mamá, con su mamá tampoco estuvo..., o sea que tampoco usted se crió con él... Mire cómo vienen a ser las cosas... es nomás como suele decirse, que el hombre propone y Dios dispone, así que sabrá él por qué las cosas sucedieron de este modo y no de otro, y su papá tuviera que irse sin decir adiós y yo quedara aquí preñada y sola y tuviera un hijo enfermo y que mi niño se me muriera tan pronto y tan sin padre él y yo tan sin hombre...

Mi padre había puesto, en aquel tiempo, unas cañas entre las ramas de unos árboles y encima de las cañas, una lona para que no se traspasara la lluvia; de modo que lo primero que encontraban mis ojos en la mañana eran esas cañas que él había puesto a las rápidas para que nos cobijáramos. Temprano, apenas asomaba el día, yo escuchaba a mi madre trajinar con los enseres, preparando el yerbeado para todos

nosotros y el mate amargo para mi padre; más después yo ayudaba a hacer tortillas a las brasas, ahí mismo bajo los árboles... En cuanto a su papá de usted... había sabido ser que esa mañana que le digo, apareció de la nada sentado sobre una piedra, mirándonos hacer nuestras labores, sin que mi madre y yo nos diéramos cuenta. Estaba terminando el verano y maduraban los higos en las higueras y las tunas en los tunales... Unos días más tarde de aquel día, cruzamos los dos el monte hasta una acequia y nos sentamos ahí; después no sabría decirle qué sucedió, sólo que se me desabotonó la blusa y él me miró las tetitas, porque yo era por entonces muy menuda, muy pequeñita era. Fue esa sola vez, como le digo, que estuvimos juntos, porque enseguida él se marchó y ya después no volvimos a vernos; y más después yo tuve a mi hijo. Era un niño, le puse el nombre de su padre: Nicolás, Colachito..., mi niño tuve y eso me tragó la vida, porque como le digo, el niño nació enfermo y murió seis años más tarde, después de mucho sufrir, este hijo mío que vendría a ser medio hermano suyo, Julieta... No llore, hija, no llore también usted, hija mía..., no se me ponga así...

Mi madre tardó en darse cuenta de que yo estaba preñada, fue una de mis hermanas quien finalmente se lo dijo, pero ya todo estaba hecho y no le hallamos remedio a la cuestión. Me atendieron mi madre y mi hermana, tratando de tenerme a resguardo de los perros que eran muy feroces, perros muy malos eran, y mi madre me cortó el cordón con sus propios dientes; pero algo no estuvo bien porque el niño se desangró un poco por demás y es por esa razón, creo yo, que quedó disminuido, sin habla y sin poder caminar, hasta que Dios me lo llevó. Su papá, como le digo, se fue de ahí de donde estábamos antes que mi hijo naciera, iba más hacia el llano, según me dijo. Sí, hija, supo que me había preñado, pero iba bajando para otros sitios y no podía detenerse porque tenía unas labores que hacer y unas demandas. Iba, al parecer, en busca de su verdadera madre y de su padre, que ya a eso no lo recuerdo bien, y entonces fue que no supe más de él. Después que murió mi niño, bajé a Tama y comencé a trabajar en casas de familia y ya me quedé en las casas a donde iba. Me entretuve, como quien dice, en labores cama adentro, en una casa y en la otra... y es por eso que no me casé ni amancebé ni he tenido ya otros hijos.

La casa tenía una ristra de cuartos en hilera, con paredes de adobe y techos de cañas amarillas, que daban a una galería con jazmines. Más allá estaba el patio, con el horno de pan que había hecho el abuelo Timoteo y al fondo los mandarinos, las higueras, las damascas, el peral, los durazneros, los parrones bajo los que mis manos construían casitas, almacenes, ciudades enteras. Dueña de ese territorio, yo seguía el vuelo de las reinamoras o el trayecto del agua desde los mandarinos hasta la ribera jabonosa de las calas, en el extremo del terreno. Aunque sé que todo era fruto del esfuerzo, me parece todavía un milagro que Martirio le hubiera sacado tanta vida a ese desierto. Había vaciado piedra por piedra lo que era el lecho de un río, acarreado tierra buena desde el otro lado del arroyo para esparcirla sobre ese cuero cuarteado, lo había regado con el agua del surtidor que estaba camino del cerro, llevando con alguna de sus hijas el latón para hacer menos fuerza.

Desde la ventana, yo podía ver el surco que dejaba en esos páramos el paso de la acequia. Nunca nada quedó tan lejos de mí como esa acequia. Yo deseaba su paso rumoroso desde la minúscula ventana y pasaba horas ruego tras ruego, hasta sacar permiso. Entonces cruzaba entre los chelcos y las piedras, hasta llegar a su orilla y entrar en el agua fresca, con mis pies de entonces, tan niños. En ese territorio yo era la razón primera y última de los cuidados de todas. Nuestra vida transcurría en una rutina que entonces me gustaba y ahora extraño, pero que en un tiempo amenazó con sacarme de quicio. En el transcurrir de aquellos años, Martirio Linares me contó la historia de Tama y la de la familia, lo que había visto, oído y callado hasta que llegó la hora de confiármelo. Así hasta el día en que descubrí que me irritaban los silencios de la casa y la falta de miras de la gente y entonces también yo, como mi madre, como todas, empecé a preparar las cosas para irme. Encontré, atravesada por el miedo y la tristeza, algún resto de valor para decirle que me iría, un par de días antes. El silencio cortaba el aire en nuestro cuarto; en los ojos, en el rostro curtido, yo miraba su sufrimiento acrecentado por el recuerdo de otras despedidas. Estuve a punto de decir que me quedaba; es probable que ella haya percibido el paso de esa decisión por la mirada, porque tomó del altar que estaba a sus espaldas, la medalla de Santa Rita que le había dado su madre antes de morir. Se acercó, me secó el rostro en un gesto de ternura que no usaba a menudo y me puso entre las manos la joya de oro y nácar.

—Ella sabrá cuidar de usted.

Pasamos en silencio los días que faltaban para mi partida. Me ayudó a armar los bultos para el viaje. Me preparó tisanas, hierbas para el pelo, para la piel y las entrañas, remedios caseros para los males del cuerpo y del alma a los que me tenía desde siempre acostumbrada, abrigos para el invierno que llegaría pronto y alimentos como para saciar el hambre de meses. Yo, entretanto, recorría con los ojos en despedida los enseres del cuarto, las plantas del patio, la zona de las bateas, el horno de pan, los refugios infantiles, aquellos sitios secretos donde me había

esondido de sus retos y castigos... Salí de Tama una tarde de otoño amarillo, seco, con el corazón dividido entre el pasado y los sueños. Tenía veinte años. Compartí todavía con ella el camino a la estación, las calles de pedregullo opacas y áridas, y como no soportaba su silencio iba prometiéndole no sé qué cosas. Y seguí prometiéndoselas, hasta que el silbido de la máquina pronta a partir nos desgarró a las dos. Fue entonces cuando pensé que era yo quien necesitaba creer en mis promesas y que ella, que sabía de la vida tanto más, estaba despidiéndome para siempre. Los años y las cosas que le sucedieron a cada una por su lado, no han hecho más que confirmar aquella intuición de juventud. Trepé llorando al tren que me llevaría a donde yo creía que sería feliz, llorando como todas las veces que me fui de un sitio a otro, tal vez porque aunque no lo supiera, el corazón presentía que dejaba más de lo que iba a buscar. Desde la ventanilla, yo miraba a mi abuela, el rostro cruzado de arrugas, las manos grandes de trabajar, el pañuelo casi cubriéndole las cejas. La vi achicarse, empequeñecerse su figura oscura contra los andenes, contra las lomas pedregosas, contra las laderas resacas de los cerros, contra las cumbres siempre blancas del Nevado, hasta que sólo fue un punto negro en la distancia y después ya no vi nada.

Linares, Milagro . Tama. Cfr. 152. Ediciones del Noroeste, Ciudad Benemérita de Tama, 1984

EN LA LLANURA, *NOVIEMBRE DE 2012*

Pepe

...con Nicolasa traté varias veces, por el parentesco que ella tiene con Emérita, porque son medio hermanas, hijas del mismo padre, pero Emérita es Linares y Nicolasa es Millicay, es hija del viejo Linares con Angelita Millicay, lleva el apellido de la madre porque el padre no la quiso reconocer. Como le venía diciendo, m'hija, con Nicolasa sí traté en algunas ocasiones, pero con el Manchado no, con él sólo crucé una vez unas palabras y no fue para bien. Tratarlo no lo he tratado, porque desde que éramos muy jóvenes, él ya estaba de una parte y yo de la otra. Cuando muchachos, denunciaba a los que queríamos regresarlo al General, gente como mi cuñado y como yo, y más tarde, para la época de los militares y un poco antes también, cuando ya éramos hombres grandes, trabajó para gendarmería, era como un jefe que avisaba quiénes eran los rebeldes en Tama y en otros pueblos del Oeste, invitaba a los muchachos a tomar una ginebra en el bar del Maharajá, frente a la plaza de Tama, y los hacía hablar, y la gente joven, lo sabrá usted que también es joven, a veces se confía y dice lo que no debe. Hacía como que le gustaba compartir un trago para hablar de bueyes perdidos y la muchachada, antes o después, terminaba largando prenda... Pero a mí nunca me engañó porque yo he vivido mucho, m'hija, y si tengo estas canas es porque me han pasado algunas cosas.

Se había empeñado en darnos la contra a los que queríamos regresarlo al General, no sé si usted que vive en otra parte sabrá algo acerca de esa cuestión y de esa época... Sí, a muchos de los nuestros los mataron en aquellos bombardeos del cincuenta y cinco y hubo también, por desgracia, gente mía y suya que contribuyó en los destrozos y los crímenes. Lo cierto es que tres hombres y una mujer de Tama que estaban en la capital murieron en esos bombardeos; trabajaban de jardineros en casas de gente pudiente y uno de ellos era muy amigo mío, hijo a la vez de una amiga de mi madre. Yo siempre fui, como le digo, peronista, igual que este amigo al que mataron... Habré tenido para entonces veintitrés o veinticuatro años... junio del 55... quinientos muertos en la Plaza... 16 de junio, el mismo día en que mi Emérita, que ahora se me ha puesto tan enferma, cumplió veinte años. Quinientos muertos y cientos de heridos... Francisco Ormeño se llamaba mi amigo y le decíamos el Payo porque era albino, blanco como una rata blanca; su familia provenía de Aicuña, un pueblo perdido en los mapas, a unas cuatro horas de viaje desde Tama por una trocha de tierra y guijarros hacia donde estaba en un tiempo la ciudad de Esteco. Yo viví en Aicuña cuando era muy joven, trabajaba en la estafeta de correos; conseguí ese trabajo gracias a Evita, pero cuando ella murió se terminó todo y antes que nadie me reclamara nada, me retiré y vine para el bajo y desde aquí seguí hasta Buenos Aires. Fui a parar a Villa Ballester, muy cerca de donde vivían mi hermana y mi cuñado. ¿De verdad le interesa que hable de esto? ¿De Aicuña quiere que le cuente...? ¿Así que su mamá le dijo que Nicolás le hablaba a ella de Aicuña? ¡Mire lo que son las cosas!, un

pueblo olvidado del mundo, no tendría en aquel tiempo más de doscientos pobladores, gente muy buena, un poco hosca pero dadivosa. Casi todos ahí se apellidan Ormeño y muchos nacen manchados, con los ojos rojos como conejos y la piel, el pelo y las cejas completamente blancas... es como una mancha al revés, le diría, una mancha blanca la cara, el cuerpo, las piernas... Tanto que, según me han dicho, hay gente de la capital que ha trepado los cerros para ver a esos pobladores, como si se tratara de monos o de leones. No sé por qué razón habrán sido así las cosas, tal vez la voluntad de Dios, el destino o la mala suerte de nacer distintos. Según dicen, en un tiempo ése era un pueblo como cualquier otro hasta que se corrió la voz de que ahí vivían los albinos; por lo demás están los cerros y el paisaje es muy bonito porque prosperan los nogales y el aire es tan limpio que uno puede oír los cascacos de un mulo a la distancia. Lo cierto es que muchos ahí nacen con mancha y sin sustento, una mancha que a unos les toca y a otros no y que según dicen se trataría de un castigo. Parece que todo empezó con un lío por unas tierras, porque los de ese pueblo descienden de un español que tuvo un hijo con una criada, como al parecer el hombre estimaba mucho a la mujer y al hijo que tuvo con ella, quiso dejarles unas tierras que nadie les quitara y compró la estancia de Aicuña, pero resulta que otros hijos, los legítimos, trataron de apropiarse de la hacienda, y entonces los descendientes de la criada empezaron a casarse entre hermanos y primos para no perder la propiedad y es de ahí que viene todo este asunto de las manchas. Pero volviendo a este amigo que era de Aicuña, lo mató una de las bombas que tiraron sobre la Plaza de Mayo y la Residencia Presidencial, antes que el General se subiera a la cañonera y se marchara al Paraguay. Murieron mi amigo, su mujer y un amigo de ellos que trabajaba en la misma casa; y el que tampoco se salvó, aunque eso sucedió bastante después, fue mi cuñado... Como usted ve, a veces ni quiero yo empezar a hablar de estas cosas porque me han sucedido tantas desgracias, que hasta pienso que es mejor hacer como la pobre Emérita, un día olvidarse de todos los males y ya no pensar ni preocuparse por nada ni por nadie. Como le decía, a mi cuñado lo mataron en unos basurales, unos fusilamientos, y así fue que se arruinó para siempre la suerte de mi hermana, la que ahora vive en Quilmes. Anduvo, la pobre, después de aquello, con el hijo de aquí para allá, hasta que mi sobrino creció, entró a trabajar en el frigorífico donde en un tiempo trabajaba el padre y pudo, finalmente, hacerse una casita y llevarse a mi hermana con él. A mi cuñado y a otros más los fusilaron, los cargaron en un camión, los tiraron a un basural y los mataron por la espalda; sólo dos vivieron para contarlo. Éramos todos muy jóvenes por ese tiempo..., yo habré tenido veinticuatro o veinticinco años, recién empezaba a noviar con Emérita, pero mi cuñado ya tenía a mi sobrino de brazos. Él trabajaba en un frigorífico y empezó a quedarse con los compañeros después del trabajo. Mi hermana estaba muy preocupada, en algún momento me pidió que le sonsacara si estaba cansado de ella o por qué razón llegaba tan tarde a la casa y ahí fue que yo hablé con él y él me contó que estaban formando un grupo de resistencia. Le pedí que se sincerara con mi hermana, que ella iba a entender y que yo también iba a hablar con ella para explicarle y así fue, así hicimos. Solamente mi hermana y yo sabíamos de eso, los demás de la familia no, ni de la familia de él ni de

la nuestra. Él trabajaba, como le digo, en el frigorífico, así que se quedaba después en alguna casa comiendo una picadita y ahí hablaba con los compañeros y se organizaban.

Aquel día salió con un pulóver grueso que mi hermana le había tejido, le dio un beso al nene y le dijo que escuchara la radio, que ése era el día. Ella cerró la puerta y se quedó espiando por la persiana, vigilando cualquier movimiento raro hasta que llegó la noche, acostó al hijo y se durmió. En la madrugada escuchó el comunicado, habían agarrado a unos rebeldes, entonces le pidió a un vecino que se llegara hasta la casilla donde yo vivía y me avisara. Enseguida me fui para la casa y, como pasaban las horas y mi cuñado no llegaba, pensando que lo habían metido preso, subí al techo y saqué todo lo que tenía escondido debajo del tanque de agua, unas armas y papeles y, sin pensarlo dos veces, quemé los papeles, enterré las armas en un pozo en el patio y llevé a mi hermana y a mi sobrino a la casilla de Villa Ballester. Lo localizamos en una morgue varios días después; alguien nos avisó, fuimos directo a la morgue y ahí estaba, con los ojos abiertos y los tiros en la espalda. No nos permitieron organizar el entierro ni rezarle un padrenuestro ni ponerle flores, pero cuando lo estaban tapando con tierra, mi hermana tiró al pozo un ramo de calas y aunque no se podía, las calas que estaban un poco amarillas quedaron sobre el cajón. Después supe que los habían tirado al suelo y que los mataron por la espalda, pero en ese entonces todo el mundo se callaba la boca; no preguntábamos nada, nada de nada. ¿Puede creer que hasta hubo gente que le dijo a mi hermana que se lo tenía merecido? Una época difícil, como esta otra en que Nicolás anduvo por acá, por nuestra casa, cuando mataban a la gente y la tiraban en el campo, entre los yuyos, y nadie decía una palabra. Es el día de hoy que, como usted habrá visto, aparecen huesos por todas partes, sale un hueso y luego el otro, una cabeza, un costillar, cuerpos completos brotando de la tierra empiezan a hablar de lo que ha pasado. Pero en ese entonces, así nos quedábamos, m'hija, calladita la boca aunque algunos nos quisieran sacar de mentira verdad, como el Ingeniero ese que se apareció una noche por nuestra casa contando no sé qué cuento de que le había pasado no sé qué cosa, pero a mí no me engañó. Yo se lo dije enseguida a Emérita, éste se trae algo entre manos, yo siempre supe quién era él y por dónde venía la cosa..., por eso no hablaba ni media palabra del gobierno ni de la policía ni de los militares ni nada, por más que él a veces quería sonsacarme alguna cosa... Yo sólo hablaba de los pensionistas y de si hacía frío o calor y del problema de várices de Emérita, que siempre tuvo la pobre problemas con sus piernas, y nada más, porque es mejor pasar por tonto que hacerse el vivo...

Estaba pensando, m'hija, cuándo fue que usted llegó por primera vez a nuestra casa y habló con nosotros, con Emérita y conmigo, y ella le confió tantas cosas nuestras. Un año ha de hacer de todo aquello, y sin embargo... en ese tiempo ella estaba bien, estaba sana y tan en sus cabales que a veces creo que han pasado siglos y no meses. Sí, es verdad lo que le han comentado, yo también pensé alguna vez que Nicolás podía ser hijo de Emérita, un hijo que ella tuvo cuando era soltera y que, según me confesó en su momento, cuando éramos todavía

muy jóvenes, se murió en sus brazos apenas nacido... Pero después alguien supo decirme, no sé si por verdad o por maldad, que ese hijo no había muerto, ni en sus brazos ni en ninguna parte, sino que ella se había visto en la obligación de darlo, pobrecita, por cómo era todo en aquel tiempo. Pero como quiera que hayan sucedido las cosas, ella nunca me dijo eso; ella me dijo que había tenido un hijo de soltera y que el niño se le murió en los brazos, muerte de cuna, poco antes de que nos conociéramos. Yo he pensado algunas veces que tal vez pudo haberme dicho eso, una mentira piadosa pongámosle que haya sido, porque le habrá dado mucho dolor entregar a ese niño, pasar por esa desgracia. Es que seguro ella no sabía que le iba a tocar en la vida un hombre como yo, porque, no es por decir, pero yo con gusto le hubiera criado el hijo de otro hombre, eso no es algo que me hubiera molestado; a Dios gracias no soy tan orgulloso y para mí, qué quiere que le diga, un hijo es hijo porque uno lo cuida y lo alimenta y le da ejemplo y no por otra cosa. Algunas veces me da por pensar que también ella ha de haber considerado que Nicolás podía ser su hijo, pero nunca me dijo nada y entonces a mí me daba no sé qué sacarle el tema; es que ese asunto de que ella tuvo un hijo y lo tuvo que abandonar es un secreto, yo no lo supe por ella sino por ciertos comentarios, así que... como ella no me dijo nada, tal vez por no incomodarme o para que yo no la incomodara, yo tampoco dije nada... Usted tiene que ver que en aquella época no había modo de saber si un muchacho era de verdad el hijo de un hombre, porque no existían esos estudios que ahora hay, así que sólo podía uno imaginarse quién era el padre por el parecido... Pensándolo bien, le diría que su papá, tal como lo recuerdo, es un poco parecido a mi Emérita, aunque claro que si su papá fuera hijo de Nicolasa, como Nicolasa y Emérita son de la misma familia, también podría ser parecido a Emérita y ser hijo de Nicolasa, así que no sabría decirle... No sé cómo habrá sido la cuestión, pero de igual modo, hijo o no hijo, lo que sucedió es que a su papá lo quisimos como si fuera nuestro, a eso sí se lo firmo y lo confirmo, y hasta a veces me da por pensar, como le digo, que Emérita es en realidad la verdadera madre de Nicolás, que ella estaba bien consciente de eso y que por vergüenza o por dolor me lo ocultó. Lo cierto es que unos meses después que Nicolás se fuera al Sur, escondido en el camión de un hombre de aquí del pueblo, escapando con una chica que imagino ha de haber sido su mamá..., después de todo eso, una persona que no conocíamos nos llamó por teléfono y dijo que tenía unos papeles que quería que viéramos, que los enviaba Nicolás. Al final le contestamos que no podíamos, que estábamos muy ocupados con las cuestiones de los pensionistas, porque pensamos que podía tratarse de una trampa para sacarnos de mentira verdad. Después, vino un tiempo de llorar y temblar porque perdimos contacto, nada de nada, ni una noticia... Hasta que mucho más tarde, cuando hacía ya mucho que no sabíamos de él, recibimos una carta que, según nos dijeron, su papá había escrito en la cárcel. He vuelto a ver aquella carta una o dos veces antes que se perdiera en una inundación que hubo en esta zona hace muchos años, cuando todavía Nicolás no había dado señas de estar en ninguna parte, cuando no sabíamos que se había ido al extranjero, o si se decían esas cosas para no decir que lo habían matado... Cosas que me vienen ahora a la memoria, conversando con usted..., porque la memoria es algo extraño, nunca sabe uno qué se

queda y qué se va de todo lo que ha tenido que vivir... Lo cierto, m'hija, es que tanto Emérita como yo tuvimos que escuchar de todo, todo lo que usted se imagina tuvimos que escuchar..., que Nicolás había abandonado a la novia, que había denunciado a mucha gente, que trabajaba para la policía, que por esa razón se había salvado de que lo mataran, muchas cosas se dijeron, cosas que nosotros siempre supimos que no eran verdad, hasta que un día, pasados los meses y los años, cuando se fueron los militares, él mismo nos mandó una carta desde Suecia, la primera carta. Eso habrá sido por el ochentaitrés o el ochentaicuatro..., me parece que fue en el ochentaitrés, cuando terminó la guerra de las Malvinas, que empezamos a tener noticias. Emérita recibió un día al cartero y yo la vi venir hacia mí, canturreando, *El cartero dice que es de Suecia, carta de Nicolás*, me dijo, y así era, porque el remitente decía Nicolás Corso y estaba la dirección de Vestrobotnia, donde vive. Sí, como un hijo fue su papá para nosotros que no hemos tenido otros hijos... Emérita siempre decía *Este hijo mío en qué cosas se habrá metido*, o *¿Estará bien m'hijito?*, era una forma de decir, lo sé, pero a mí a veces se me hace que puede que su papá sea de verdad hijo de ella, ese mismo que, según me dijeron, ella tuvo que dejar en unos campos del Oeste, porque no podía criarlo. *¿Estará bien?*, me preguntaba y yo contestaba que sí, que seguro estaría bien, que se quedara tranquila y le leía la carta y si demoraba en llegar la próxima, a veces por las tardes, leíamos alguna carta vieja y así nos íbamos conformando los dos. A veces, aunque no hubieran llegado noticias, ella traía sobre y papel y me pedía que le escribiera y así es como yo le contaba a tu papá de nuestras cosas, de los pensionistas y del pueblo, porque mucho no había para contar, sólo decirle que lo extrañábamos y eso... También le dábamos noticias del camionero que supo llevarlos a él y a la chica que estaba con él hacia el Sur, porque el hombre manejaba un Scania y viajaba todos los meses hasta la Patagonia, ese hombre que los había protegido a él y a tu mamá, porque esa chica que él llevó de aquí escondida en el camión ha de haber sido tu mamá, hija. ¿Has visto que de pronto empecé a tutearte? Es que, no sé, ya te he contado tantas cosas de nuestra vida que me parece que te conozco desde siempre... Yo escribía esas cosas, como te digo, lo de los pensionistas y lo del camionero, para llenar un poco las cartas y Emérita se quedaba paradita a mi lado, me apoyaba las manos sobre los hombros y miraba cómo escribía... ¿Ves esa cortina? Ahí mismo, detrás, trabajaba yo, me ocupaba de arreglar los muebles que se rompían y de alimentar el horno con leña, más de una vez el pan se me arruinó porque se me hacía pedazos el alma de la congoja que me daba oír lo que Emérita me preguntaba, es que a veces las cartas se demoraban y ella decía *¿Pero habrá recibido la nuestra?*, porque nunca sabíamos si era de tu papá el silencio o si la carta se habría quedado por ahí, perdida...

Llevo muchos años perdido, nos escribió en esa primera carta, pidiéndonos perdón por una ausencia tan larga, ¡es que era un muchachito cuando se fue! Escribió, como te digo, claro que escribía, varias cartas... y nosotros también le escribíamos. Así que yo me sentaba a la mesa con las hojas y el papel y empezaba, y Emérita ahí detrás, paradita, diciéndome qué tenía que poner para que él se enterara de nuestras cosas. Me ponía las manos sobre los hombros y

miraba..., y yo qué iba a hacer, yo le daba nomás con el gusto, pobrecita. No dejaba de preguntar *¿Estará bien nuestro muchacho?*, y a mí me daba mucha pena que este como hijo nuestro estuviera tan lejos y no tuviéramos más noticias que esas cartas. Pero, dentro de todo, pienso ahora, a pesar de nuestras penas, aquellos eran todavía buenos tiempos para nosotros; por lo menos yo la tenía a ella, sana y bien despierta, muy viva y muy ocupada de todas las cuestiones, y la tenía también a veces por las tardes con sus manos sobre mis hombros; o renegábamos para hacer rendir el dinero y para que la comida de cada día alcanzara para todos los pensionistas, y hacíamos nuestros trabajos en la casa, los arreglos y otras cuestiones... Es que con el tiempo nos hicimos muy compañeros, cada vez más compañeros, y todo lo hacíamos juntos; además ella, aunque no supiera leer, porque ninguno tuvo a bien mandarla a la escuela, era, como habrás visto, muy inteligente, se acordaba de todo. Por no ir más lejos, cuando viniste aquí por primera vez, ella estaba muy lúcida y nadie iba a imaginar lo que pasó, pero después que te fuiste hacia Tama, en esos días que siguieron, yo la encontraba un poco nerviosa, ¿sabés? A veces creo que todo el asunto de Nicolás estuvo dándole vueltas, porque si Nicolás es hijo de ella, entonces vos vendrías a ser su nieta..., nuestra nieta. Lo cierto es que, como te digo, estuvo muy nerviosa durante varios días, hasta la tarde en que se perdió de la cabeza. De un día para el otro se olvidó de todo lo hecho y hablado y ya no supo más quién era ella, ni tampoco quién era yo, y empezó a preguntar dónde íbamos a poner a dormir a toda esa gente y qué hacían en la casa todas esas personas sin cabeza. Así decía, ¿podés creer?, parece que veía a los pensionistas sin cabeza y sin nada, porque a los que veía cuando decía estas cosas era a la gente de esta casa, gente que hace años de años que vive con nosotros...

Gracias, hija, disculpame..., ya pasa, ya pasa..., es que no había hablado de esto con nadie y ahora, aquí, con vos, no sé... ¿Me preguntás si le conté algo de todo esto a tu papá? Sí, le escribí una carta comentándole algunas cosas y pidiéndole que cuando tenga un tiempito me llame por teléfono porque, según me dijo, tiene un modo de hablar que no cuesta nada. Le pedí que me llamara, porque por teléfono es más fácil explicarle lo que ha pasado, pero no sé si la carta habrá llegado a destino, porque no tuve llamada ni respuesta. Si pudieras, trasmitile esto que le pasa a Emérita, lo que nos pasa... Gracias, hija, sí, gracias... Es para que él me llame, porque es muy difícil explicar todo esto en una carta, yo ya no tengo fuerzas para sentarme a escribir sobre lo que nos ha pasado... para decirle que un día, de buenas a primeras, Emérita se extravió, así de golpe, y empezó a decir macanas... a hablar nomás de gente sin cabeza y de manchas y de por qué se quitó la mancha y que quién le sacó la mancha y que la mancha dónde está... Pienso yo que ha de ser porque tu papá nos dijo que se sacó ese lunar tan feo que tenía en el brazo, con rayo laser nos dijo que se lo sacó... Todo el día ella está hablando de las manchas, ¿podés creer?... Cuando se extravió, la llevamos con uno de los pensionistas al dormitorio y la acostamos y ya no quiso levantarse más. Yo la atendí en todo lo que pude, le llevaba la chata para que orinara, le hacía la comida, la ayudaba a... Tuve que entregar el hospedaje a una familia para que lo siguiera trabajando y poder ocuparme de ella y de mí. Nada más que eso, ocuparme de ella,

hasta la comida en la boca le daba, pero... como te comenté por teléfono la vez pasada, al final tuve que aceptar lo que dijo la asistente social y llevarla al geriátrico; es ahí donde está ahora y donde la visito yo todas las tardes. Mañana podemos ir los dos, claro que sí, claro, pero es ya como ir a ver a otra persona, porque ni hablar se puede..., sólo escucharla decir eso que dice, esa idea que se le ha puesto en la cabeza, lo de la mancha y los manchados y ese pueblo a donde quiere irse. Yo le llevo la corriente..., compro caramelos y bizcochos de grasa, la tomo de la mano y los vamos comiendo los dos, mientras la escucho decir esas cosas... Qué se le va a hacer... Ella llora y dice nomás cada tanto eso que dice, habla del hijo nuestro, y yo no sé si se refiere a Nicolás o al hijo que quisimos tener los dos y que nunca llegó. Lo cierto es que no se aparta del tema, no hay manera de que se entretenga con otra cosa... Habla nomás de la mancha... que el niño tenía una mancha, que dónde está la mancha..., que ella tiene una mancha y que la mancha de aquí y la mancha de allá... y dice que se quiere volver, que la llevemos. ¿Volver a dónde? le digo, y entonces me pide que la lleve al pueblo, que la lleve y que la lleve, y no encuentra paz, hija... Y cuando la enfermera le pregunta, para conformarla, cómo se llama ese pueblo, ella dice que se le ha olvidado el nombre pero que es el pueblo donde viven los manchados.

Andruetto, María Teresa

Los manchados. - 1a ed. - Buenos Aires : Literatura Random House, 2015

(Literatura Random House)

EBook.

ISBN 978-987-3650-71-0

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

Edición en formato digital: abril de 2015

© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial

Humberto I 555, Buenos Aires.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-987-3650-71-0

Conversión a formato digital: Libresque

www.megustaleer.com.ar

MARÍA TERESA ANDRUETTO

María Teresa Andruetto nació en 1954 en Arroyo Cabral, Córdoba. La construcción de la identidad individual y social, las secuelas de la dictadura y el universo femenino son algunos de los ejes de su obra. Publicó libros para niños, libros de cuentos y poemas. Obtuvo, por su narrativa, los premios Luis de Tejeda 1993, Fondo Nacional de las Artes 2002 y en 2011 resultó finalista del Premio Rómulo Gallegos con su novela *Lengua madre*. Fue Premio Iberoamericano a la Trayectoria en Literatura Infantil SM 2009 y ganadora del Premio Hans Christian Andersen 2012, el mayor galardón internacional otorgado a autores de literatura para chicos y jóvenes. Su obra ha servido de inspiración para otros artistas, y se realizaron a partir de ella libros objeto, cortometrajes, espectáculos poético-musicales, coreografías, espectáculos de narración oral escénica y adaptaciones teatrales.

